

LAS DOS LIBERTADES.

I.

Parécenos que no ha de costarles gran trabajo á los habituales lectores de la REVISTA DE MADRID, y con especialidad á los que vean la firma que suscribe estas líneas, adivinar que las libertades de que nos proponemos tratar en el presente artículo no son otras que la *libertad patriarcal ó consuetudinaria*, y la *libertad jacobínica*, ó sea la libertad que sólo ha producido fruto de bendición á los pueblos que tuvieron la dicha de adoptarla como base de su existencia, y han tenido después la virtud de conservarla como prenda segura de su gradual y sucesivo mejoramiento; y la otra libertad palabrera, inquieta, febril y turbulenta que para la desdicha de la humanidad, mengua de la civilización, y descrédito del principio reformador y progresivo, nos inoculó la sangrienta revolución francesa de fines de la última centuria.

Más claro: vamos á hablar de la libertad VASCONGADA, y de la libertad ultra pirenaica, cuya última escala, término y expresión verdadera y fatal, acaba de enseñarnos la historia que suele ser la CONVENCION NACIONAL ó la COMMUNE.

Y como la bondad ó malicia de las instituciones humanas ha de juzgarse por el bien ó el mal que han causado en los países que se han acogido á su imperio y viven de su espíritu, único medio seguro de fallar con acierto la cuestión, no sólo política, sino social, que *desde un siglo acá agita al mundo*, vamos á hacer, en los términos circunscriptos y precisos que consienten la índole de esta publicación, el examen condensado de los resultados prácticos de los dos sistemas, examen que más bien que un artículo merecería un libro redactado por filósofos tan insignes como BALMES ó DONOSO CORTÉS

Porque de nada menos se trata que de averiguar y poner en

claro, sin vana fraseología ni huecas declamaciones, si los caminos por que de cien años á esta parte viene marchando la humanidad, son los que conducen á su perfección moral y material, ó los que paso á paso y por pendientes más ó menos escurridizas y violentas la llevan á su ruina.

Nada de reflexiones prematuras. Vamos sólo á apuntar algunos hechos capitales. Las reflexiones vendrán después.

Dos medios se conocen hasta ahora para organizar políticamente las sociedades humanas. El de constituir las *a priori* con arreglo á las máximas recomendadas por escritores atrevidos de gran talento, pero no versados en las prácticas de gobierno, ni concededores de las verdaderas necesidades de los pueblos, sobre los cuales se han propuesto hacer *experimentos in anima vili*; y el opuesto de obrar lenta y paulatinamente en tan delicado asunto, *al compás del adelanto de las costumbres públicas*, y consultando las condiciones especiales de cada país, que es el método ó sistema llamado *à posteriori*.

Embragados con la lectura del *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, adoptaron el primero á fines del último siglo nuestros inconstantes vecinos de allende el Pirineo, á quienes han seguido como *borregos de Panurgo* casi todas las naciones de Europa, entre las cuales camina hace algún tiempo con la cabeza baja nuestra pobre España, y empieza á aumentar el funesto cortejo hasta la pacífica y fría Escandinavia.

El segundo es el que ha hecho fuerte, próspera, rica y grande á la infeliz Inglaterra. Es el sistema que hace siglos recomendaba indirectamente CICERÓN en aquella filosófica sentencia que parece como dictada en profecía para combatir el error más fundamental de los tiempos presentes: «*Nihil leges sine moribus vane proficiunt*».

¿Cuál de los dos sistemas ha dado mejores resultados de orden, de libertad verdadera, de moralidad, de paz pública y de adelantos políticos, materiales y morales de toda especie? Vamos á verlo, comparando, antes de llegar á la cuestión vasco-española (principal objeto de este trabajo semi-analítico, semi-histórico que completaremos en sucesivos artículos) el carácter culminante de los hechos ocurridos en los dos pueblos que marchan hoy al frente de la civilización europea.

Francia ha tenido en un espacio de tiempo que no llega á un siglo:

1.º DIEZ Constituciones, en su mayor parte antitéticas, lo cual basta y sobra para desmoralizar y hundir al pueblo más fuerte de la tierra.

2.º Ha pasado por dos épocas de sangre, en que los títulos privilegiados para merecer el cadalso eran el talento, el saber y la virtud.

3.º Ha visto morir bajo la cuchilla de la guillotina toda una familia real que había convocado en 1789 los *Estados generales* del reino, ó sea las Cortes que debían reorganizar la Francia.

4.º Y para que se olvidasen los horrores del terror, y el país pudiera respirar un poco, Bonaparte, Barras y sus amigos organizaron el CONSULADO.

5.º Á esa forma transitoria de gobierno reemplazó el imperio de Napoleón I con muchas y grandes glorias militares, pero con escasa ó ninguna libertad.

6.º El Duque de Englien es asesinado en los fosos de Vincennes.

7.º Gran desastre de Waterlloo, con sus consecuencias naturales de la abdicación de Fontainebleois, y la jaula de Santa Elena.

8.º 1814. Restauración de la antigua monarquía borbónica bajo el cetro del experto y prudente Luis XVIII.

9.º El Duque de Berry muere asesinado en el teatro por la sociedad secreta de los *Carbonarios*.

10. Invádenos en 1823 los *cien mil nietos de San Luis*, para echar abajo la Constitución española de 1813, obra sacrilega en que figuró como *primer granadero del ejército liberticida del Duque de Angulema* el joven *Príncipe de CARIÑAN*, años después *Rey revolucionario* de Italia.

11. Destronamiento de Carlos X, y su reemplazo por la familia de los Orleáns, en las famosas *jornadas de Julio de 1830*.

12. 1848. Fuga del palacio de las Tullerías, y caída del trono del *Rey ciudadano*.

13. República de CAVAGNAC.

14. Al poco tiempo, otra república presidida por el Príncipe Luis Napoleón.

15. Golpe de Estado y restablecimiento del imperio de los Bonapartes en 1851.

16. Guerra con Alemania.

17. La COMMUNE, con su acompañamiento ordinario de crímenes y sangre.

18. Rendición de Sedán, y caída de Napoleón III, con las pérdidas de territorio de la Alsacia y la Lorena, y una indemnización de *cinco mil millones de francos* para el vencedor.

19. Y por fin (para no eternizar esta larga lista de desastres de todo género) las repúblicas sucesivas de MAC-MAHON, de THIERS y de GREVY, bajo la espada de Damocles de GAMBETTA, verdadero dictador moral hace algunos años de la Francia, que no se sabe todavía si será arrastrada por la magia de la palabra de aquel audaz tribuno á nuevos y más hondos precipicios.

¿Os horripiláis? ¿Os parece triste el cuadro?..... Pues ese cuadro no es otra cosa que la historia fiel y exacta de un gran pueblo pintada al natural, y la consecuencia lógica del principio que ese pueblo adoptó para su reorganización.

Ahora bien: después de haber pasado rápidamente la vista por el vertiginoso período de tempestades, inconsecuencias, catástrofes, tiranías populares y sangre que acabamos de trazar, ¿creéis que el camino seguido por vuestros maestros de París es el que la razón y el buen sentido aconsejan para asegurar la libertad de las naciones modernas?

En cambio, prosternaos los que blasonáis de puro amor á la LIBERTAD y tenéis por retrógrados á cuantos, aleccionados por la historia, persiguen el mismo ideal que vosotros por caminos opuestos al de la moderna Babilonia; prosternaos, decimos, ante el magnífico espectáculo de dignidad humana, de verdadera libertad y de grandeza que en el mismo espacio de tiempo ofrece la poco escrupulosa en las cuestiones exteriores, pero altamente patriótica en las del interior, Inglaterra. Esta no ha menester detalles históricos. En esta no encontraréis esa serie de cuadros disolventes á cual más pavorosos y sombríos que ponen miedo en el ánimo, temiendo verlos reproducidos en nuestra patria. Y es que la Constitución inglesa no está escrita en fugaces hojas de papel que se caen ó borran al menor soplo del viento, sino que es el resultado y la fiel expresión de la voluntad popular conve-

nientemente consultada, y la ley se halla basada en las costumbres. Jamás Inglaterra acometió una novedad radical en su organismo, sin que antes la hubiese probado en la piedra de toque de la discusión y la pública opinión estuviese convencida de su oportunidad. Entonces el ensayo se convierte en ley, y el pueblo la obedece sin murmurar y la sostiene con fe, porque al hacerlo sostiene su propia obra.

Dos palabras definen con exactitud el diverso carácter de los procedimientos empleados por ambos pueblos rivales para obtener el mismo resultado.

El procedimiento inglés se llama REFORMA.

El procedimiento francés se llama REVOLUCIÓN.

¡Escoged!

(Se continuará.)

PEDRO DE EGAÑA.

LOS PARÁSITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

Difícil hubiera sido al más diligente moralista ó psicólogo descubrir en el movible y revuelto pensamiento de aquella niña encantadora, una luz que guiara su investigacion iluminando la oscuridad de los afectos que dominaban ó conmovian su alma juvenil. Como todas ó casi todas las mujeres de su temple y de su educacion, Julia pensaba poco ó nada. Reducíanse sus trabajos mentales, frecuentemente interrumpidos por las impresiones fugaces de la frívola sociedad en que vivia, á esas rápidas é inconstantes imaginaciones que la lengua francesa, siempre hábil en poner nombre á las cosas y aun á las quisicosas más abstrusas, ha bautizado graciosamente con el de *reveries*.

Nunca se habia preguntado seriamente si amaba á Juan Antonio, y por tanto, jamás habia podido responderse en sério á esta otra pregunta que, en rigor lógico, se eslabonaba estrechamente con aquella.

—¿Podré yo ser feliz unida á otro hombre que no sea él?

La felicidad ó la infelicidad eran tambien ideas algo confusas para la elegante hija de Tula.

Brillar en el mundo que ella conocia, y que de buena fe juzgaba el único habitable; pero brillar en él con los esplendores y vislumbres de estrella de primera magnitud, era para Julia si no la felicidad misma, un elemento indispensable para ser feliz. Descender de ese cielo, siempre sereno y plácido, en que fulguran

las constelaciones á la moda; bajar poco á poco, ó de una vez, los escalones que separan de las asperezas de la vida el solio esplendoroso de las grandezas humanas, se presentaba á su imaginación con los tristes colores de una verdadera desgracia. Pero al mismo tiempo, como su alma no estaba totalmente corrompida, ni del todo cegadas en su corazón las fuentes de toda aspiración noble y elevada, sentía, aun en medio de la esplendente fertilidad de su existencia, algo á modo de sed de más puros y altos ideales.

Á impulso de estos pensamientos ó antojos, nació y desarrollóse su amor por Juan Antonio; amor de colegiala caprichosa y de niña mimada más que de mujer que juzga, que elige y que libremente se apasiona. Amor lleno de dudas, amargado constantemente por vacilaciones, desdenes y caprichos, que sin satisfacer por completo á su corazón con esa calma serena que, como bálsamo saludable, derraman en el alma los afectos verdaderos, era con todas sus espinas, punzadas, inquietudes y sobresaltos, la única flor que podía brotar en el mal trazado jardín de su insegura y vacilante voluntad.

Así y todo, le vió, con sincero dolor, menospreciado y vendido: ¡qué mujer no renuncia dolorosamente al primer amor de su vida!; pero no juzgó nunca perdida ni anulada su vida por sentirse privada de un afecto que sólo ocupaba en ella una mínima parte. Perder á Juan Antonio, renunciar á su brillante conversación, que resonaba en su oído como un homenaje tributado á su soberanía de mujer hermosa, como una música de mérito entonada en su honor por un artista de *primo-cartello*, como uno de tantos lujos, en fin, que de derecho la correspondían en el concierto universal de esplendor y de fausto en que vivía habitualmente, era sin duda alguna una mortificación que la contrariaba, pero no en modo alguno una desgracia que la desesperase ó afligiera como afligen y desesperan los verdaderos dolores de la vida.

Todo esto, ya que no disculpe, explicará al menos (siquiera sea á los ojos de una escasa parte de mis amables lectores) lo que de otro modo no tendría explicación en la conducta de la pobre Julia, la versatilidad de sus aficiones y la inconstancia de un afecto, que sobre no haber nacido como nacen y se desarrollan

los cariños permanentes, vivió cuando vivió en la atmósfera menos propicia y saludable para el amor verdadero y desinteresado.

Tiene el amor, aun el profano, algo de la esencia del amor divino. No ama sólo el que siente, sino aquel que piensa y se penetra en el objeto amado, ya en la soledad de su existencia, ya en el secreto de su corazón, no lleno ni ocupado por otros afectos. No nace sin causa ni motivo, con perdon sea dicho de los amantes repentistas, ni vive y se desarrolla como un accidente parcial de la existencia, dejando libres y desamparadas otras manifestaciones y objetos en que aquella libremente se mueve, sino que suplica y ocupa la existencia toda, que sin él no tendría luz, ni explicación, ni norte, y Julia, ya lo hemos dicho, amó y acaso amaba aun al brillante comensal de sus salones, pero amaba también sus salones, amaba su vida de muchacha á la moda, amaba el lujo; en una palabra, se amaba á sí propia con afecto tan entrañable, que no hubiera sacrificado á ningún otro rival este cariño suyo, nacido con ella y desarrollado al calor de una imprudente y descuidadísima educación moral.

Pero por lo mismo que Julia era egoísta, y como tal, impresionable, tampoco vivía satisfecha ni contenta de sí propia con el sustituto que las circunstancias la habían deparado para olvidar á Juan Antonio, ni era D. Félix Grande, no obstante el brillo de su existencia y los esplendores algo aparatosos, pero sólidos, de su fortuna colosal, el más indicado para sustituir en la imaginación de la hija de Tula al cáustico y ocurrente periodista, tan maestro en los gracejos y mordacidades cultas, como naturalmente versado en ese áspero y al mismo tiempo insidioso lenguaje que la pasión juvenil maneja como una de sus armas más peligrosas.

En resumen, Julia no había sido feliz con Juan Antonio, ni había nacido para él, ni le había amado como se ama á los veinte años, ni ahora le perdonaba, como sólo el verdadero amor sabe perdonar, y sin embargo, pensaba á veces en él como en un objeto familiar é indispensable que se ha perdido y que echamos constantemente de menos, como un vínculo bueno ó malo, pero sin el cual no acertamos á pasar la vida, como una costumbre que llenos de razón hemos interrumpido, y que cada día á la misma hora nos reclama con no satisfecha é imperiosa tiranía.

Inútil será decir que el aparentemente feliz sustituto no se cuidaba ni en mucho ni en poco de apagar en el corazón de Julia los rescoldos y cenizas de aquella afición por el sustituido. D. Félix no sólo era grande por su apellido y por sus empresas, sino por su gigantesco y descomunal amor propio y confiada suficiencia, para cuyas pasiones era corto y despreciable empleo la memoria de tan insignificante rival.

Un hombre ante cuyo paso temblaba el templete de la Bolsa, la platea de los teatros, la alfombra del salón de conferencias, el recinto sagrado del hipódromo y hasta las macizas y clásicas escaleras del Ministerio de Hacienda, ¿cómo había de temer la competencia que le moviese un pobre escritorzuelo que empezaba á vivir, un aventurero, un parásito de la política, á quien mil veces había brindado protección, y que á cada paso necesitaría vivir de la luz que él, el Marqués de Casa-Grande, se dignase prestarle?

Quien no tenía rivales ni en la alta banca, ni en el favor ministerial, ni en la vida del *Sport* madrileño, ni en la vida política, ¿era verosímil que los tuviese en el corazón de una niña de veinte años, á la que hacía el favor insigne de asociar á sus esplendores y grandezas?

Es más: el orgulloso advenedizo, lejos de temer á Juan Antonio, cuyas relaciones con Julia no eran para él cosa secreta, sentíase como atraído hácia su persona, por ese imán misterioso de las simpatías que á veces en lo moral descansan ó se rigen como en lo físico por la ley de los opuestos y contrarios. No sólo porque Juan Antonio era ó podía ser un peligro para Julia, sino porque era como un enemigo, como una oposición, como un contraste, D. Félix hablaba siempre de él con encomio, con calor y casi con cariño.

Á nadie más que al opulento bolsista debióse en la tertulia la noticia de los triunfos del nuevo diputado, ni nadie se expresó con más simpatía sobre los lances y peripecias de aquella reñida elección, y aquella misma noche en que penetramos otra vez con nuestros lectores en los salones de la amable alemana, él mismo dió con su autorizada voz el ejemplo para que las conversaciones recayesen en el antiguo amigo de la casa.

—Hoy llega ¿no es cierto?—preguntaba en tanto Sofía á su confidente y buen amigo Lorenzo Perez.

—Ha llegado—la contestó este en voz baja, recatándose de Julia, que en un corro cercano oía al parecer á su adorador, que, como de costumbre, hablaba en voz muy alta; pero en realidad, no perdía de vista el grupo en que su prima y el buen Lorenzo conversaban á solas.

—¿Y..... vendrá?.....—volvió á preguntar Sofía con receloso acento.....

—Vendrá..... ¡no ha de venir!—respondió Lorenzo.

—¿Se atreverá á eso?

—Disculpe V., ¡qué ha de hacer sino venir! Su ausencia de esta casa sería más significativa aún que su venida; además, no ha recibido las dos primeras cartas.

—¿Cómo?

—Ninguna de las dos, ni la que yo mismo puse en el correo con las señas que sólo él y yo sabíamos, ni la otra que averiguó usted haberle escrito Julia.

—Y ¿á qué atribuye V. ese extravío?

—Misterios de Correos.

—Pero confiesa siquiera haberse enterado de mi última carta, de una en que le decía lo que pasaba, los compromisos nuevos de Julia, sus relaciones casi oficiales con.....

—Permita V. un momento, óigame, y pásmese luego cuanto quiera de las costumbres que hoy dichosamente nos gobiernan. ¿Sabe V. quién es la primer persona de esta casa, como si dijéramos, que ha visto á Juan Antonio, y que le ha animado y casi comprometido á venir esta misma noche á favorecernos?

—No.

—Pues ha sido él.

—¿Quién?

—Pues el mismo D. Félix, el propio Marqués de Casa-Grande, no tan grande, por grande que sea, como su longanimidad, benignidad y otras condiciones.

—¡Lorenzo, por Dios, que no es cosa de burla!

—Allá él se las haya, que no hemos de tenerle compasión, ni es hombre que ha nacido para que le compadezcan.

En este momento, y sin que Sofía pudiera replicar una palabra, una mano á medio enguantar levantó con timidez burlesca la cortina de una de las puertas de entrada, al mismo tiempo que

una cabeza bien conocida asomaba por ella, y la voz de su dueño exclamaba con alegre y familiar acento:

—¿Se reciben huéspedes del otro mundo?

—¡Juan Antonio! ¡Juan Antonio! ¡Viva el diputado!.... ¡que entre y tome asiento!.... ¡que jure!.... ¡que vote!.... ¡adelante, adelante!—repitieron en confuso tropel cien voces amigas, y con su paso firme y seguro avanzó nuestro amigo hasta el sillón ocupado por el ama de la casa, quien le recibió con su acostumbrada y cordial simpatía.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Otra vez, la ligereza y la mala fe, han querido dar á la REVISTA DE MADRID asiento preferente en uno de los partidos que pugnan hoy por regir los destinos de nuestra patria. Bien será que al lado de las gratuitas afirmaciones de la prensa liberal, que desconoce por lo visto nuestro modo de pensar en este orden de ideas, y ante la frescura de ciertos periódicos, que un día y otro día, con oportunidad y sin ella, dicen, desalumbrados por la pasión, lo que no sienten; bien será, repetimos, hablar en alta voz, para que las personas de buen juicio sepan á qué atenerse en lo que se refiere á tan delicado problema. Harto se nos alcanza que nuestra protesta ha de perderse en el desierto; y que los calumniadores de oficio seguirán notificando *urbi et orbi* que la REVISTA DE MADRID profesa amor acendrado á las instituciones vigentes; que forma en las filas del partido liberal-conservador, y que, asida al brazo de Cánovas, piensa que sólo así pueden cicatrizar las heridas que desgarran á la hora presente el corazón de la madre patria. Esto ha escrito algún periódico liberal, y confiamos que, de hoy más, no volverá á repetirlo; esto han dicho otros periódicos, de cuyo nombre no queremos acordarnos, y ciertos vivimos de que continuarán proclamando su tesis en todos los tonos. Lo cual no empece á que nosotros, procurando descorrer el cendal que cubre los ojos de unos cuantos, y despreciando la vocinglera despreocupación de los restantes, nos afirmemos nuevamente en la misma resuelta actitud en que nos colocamos desde el instante en que, por nuestros pecados, hubimos de lanzarnos á la vida política.

La REVISTA DE MADRID no ama, pero, hoy por hoy, sí respeta, las instituciones vigentes: la REVISTA DE MADRID no ha de mancharse, no, defendiendo el actual orden de cosas; pero no ha de contribuir tampoco á derribar lo existente, mientras vea que sólo el espectro del caos está en condiciones de merecer el cetro de la política española. La REVISTA DE MADRID quiere una política pura y netamente católica; y por eso nada quiere, ni nada bueno espera de la situación creada por el hecho de Sagunto; pero enemiga de todo linaje de pesimismo,

y creyendo insensata, todavía más, criminal, la tendencia de cuantos combaten á las afines, con más encarnizamiento aún que á los que figuran en el polo opuesto á sus propias ideas, tira por otro muy distinto camino; y de aquí el que entre Sagunto y una segunda edición de lo de Alcolea, opta por Sagunto, y de igual modo prefiere, por ejemplo (aborreciendo como aborrece todas las Constituciones que ha tenido España, á contar desde la del año de 1812 hasta la vigente inclusive), cobijarse á la sombra de la de 1876, mejor que á la forjada en 1869 al calor de la revolución de Setiembre. En este sentido, y discurrendo por un procedimiento rigurosamente lógico, pudiéramos aceptar sin protesta el sambenito de canovistas, ya que es un hecho el de que nos holgaríamos de ver otra vez al *leader* del partido liberal conservador ocupando la Presidencia del Consejo de Ministros, por ser esta la menos mala solución que podemos esperar en las presentes circunstancias.

Nos declaramos perpetuamente enemigos de esa política desatentada, cuyo supremo ideal consiste en desear que se oscurezca cada vez más el horizonte de la Iglesia y de la patria, pues aunque fuera cierto lo que dicen sus panegiristas, á saber: que así lucirá más pronto el día de la redención, parécenos este remedio demasiado fuerte para que el hombre le provoque; parécenos, en suma, política más cuerda, previsora y sensata la de juzgar, exentos de odios y rencores, las opiniones todas, procurando que no se vulneren los derechos sacrosantos de la verdad y de la justicia, que la de exasperar de continuo los ánimos, atizando el fuego de la discordia y haciendo imposible la reorganización de la sociedad. En medio del estruendoso griterío de los partidos que se disputan la arena con tan desusado ardor, nos holgaríamos de que se escuchasen nuestros acentos, serenos y templados, como de quien sólo desea aunar voluntades y conquistar corazones. Con este criterio hemos venido juzgando las cosas políticas de España y de Europa desde las páginas de nuestra REVISTA, y, Dios mediante, no hemos de separarnos en lo sucesivo.

* *

Sin asombro, porque ya no debe asombrarnos nada, asistimos de meros espectadores á la formación del tercer partido, ó dígase á la partida verdaderamente serrana que trata de jugar el Duque de la Torre á su antiguo amigo el Sr. Sagasta. Si quisiéramos ahondar un poco en averiguación del por qué de esta cruzada contra el Gabinete fusionista, quizá no hallásemos otro fundamento que el que suelen tener aquí, salvo alguna que otra honrosa excepción, las infinitas evoluciones de nuestros prohombres políticos, á saber: el despecho y el desapoderado afán de mando. Los políticos que se agrupan al rededor del Duque, echan en rostro al Sr. Sagasta la poca ó ninguna priesa que se

da en cumplir las promesas que desde la oposición hizo el partido constitucional; le atacan despiadadamente por no traer á nuestra legislación reformas liberales que pide, según ellos, el país á grito herido; pues bien, seguros estamos de que si el Sr. Sagasta comenzase á gobernar desde hoy con la bandera que levanta el Duque de la Torre; si cupiera en lo posible que trocase, por arte mágico, la Constitución actual por la de 1869, y que nadie se le pusiera delante en achaques de liberalismo, así y todo no se darían punto de reposo los rebeldes de la futura izquierda dinástica, y buscarían con ahinco cualquier pretexto para justificar su oposición al Gobierno. Siendo esto verdad innegable, calcule el lector cuán felices se las prometerán los aliados del Duque, vista la apatía del Sr. Sagasta; el cual, como si comprendiera que ya tenemos sobradas libertades progresistas (y piensa bien en esto S. E.), se aferra en el dulce no hacer nada, y oye impasible el rumor de los que trabajan por el restablecimiento de la soberanía nacional en toda su pureza y por el organismo todo del período revolucionario.

La tarea, punto menos que sobrehumana, á que se consagran cuantos quieren regalarnos otro partido nuevo, es la de hallar una fórmula, dentro de la cual quepan desde Martos, monárquico con ribetes de republicano, hasta el mismo Cánovas, patrocinador (!) de la política que proclama el Duque; desde Montero Ríos, que tiene puesto su amor en la Constitución de 1869, hasta Moret, quien declaró ha poco en el Congreso que respetaría la Constitución vigente, dado caso de que llegara á encaramarse en las alturas del poder. De donde se sigue que no se necesita ser muy zahorí para comprender las grandes dificultades (esperamos, no obstante, que las venzan) con que han de tropezar los que, sumando elementos tan heterogéneos, quieren formar esa que ha dado en llamarse la izquierda dinástica. Tuvierámos nosotros el menos interés en que la legalidad vigente se consolidase, y combatiríamos con denuedo la formación del partido que está al nacer; porque sinceramente pensamos que un pueblo gobernado democráticamente, no respira bien bajo el imperio de la monarquía; que para algo se ha ideado la república.

Á todo esto, el Sr. Sagasta no se atreve á abrir las Cortes, temeroso de no poder contrarrestar la palabra tersa y pura de Martos, la afiligranada de Moret y la muy poderosa de Cánovas, que á una voz van á combatir al actual Gabinete. El Gobierno fusionista advierte los primeros síntomas de la tormenta que se le viene encima, y se dispone para la lucha, ora mimando y regalando los oídos de algunos personajes que aún parece que le respetan, con promesas tentadoras, ora con disposiciones liberales como la que acaba de dictar el Ministro de

la Gobernacion ampliando el derecho de sufragio, primera de las muchas que guarda en cartera el Ministerio todo—si hemos de creer á los amigos del Gobierno—para cuando se abra la segunda legislatura.

Con ó sin Cortes, tenemos por averiguado que la vida del actual Gabinete; tal cual hoy se halla formado, ha de ser bien corta. Seguramente no vestirá por ello de luto el país, si bien será fácil que quien quiera que recoja la herencia del Sr. Sagasta, haga bueno y simpático el nombre de este funestísimo personaje. ¡Pobre España!

Para nosotros, que vivimos alejados en absoluto de la política militante; que hemos proclamado para nuestro uso particular, y por lo que hace á la vida pública, la máxima de los economistas del siglo pasado *laissez aller, laissez faire*, presenciarnos con relativa serenidad estas trasformaciones y cambios, esperando el algo nuevo que necesaria é imprescindiblemente ha de salir de este caos. Lo horrible, lo desconsolador, y lo que de veras contrista el ánimo, es pensar en la situación en que vamos á estar los católicos españoles en ese día en que, después de un sacudimiento más ó menos espantoso, sea necesario el esfuerzo de los buenos para que viva vida próspera y feliz esta patria desventurada. En vez de agruparnos y de organizarnos para oponer afirmaciones soberanas á las negaciones tremendas que en día más ó menos lejano hemos de oír por esas calles, nos divertimos ¡ay! devorándonos los unos á los otros, espectáculo que el mundo contempla con escándalo, y que no puede ser grato á los ojos de Dios. En estos momentos se acaba de oír una voz, la más augusta que resuena sobre la faz de la tierra, invitándonos á que, *unidos en santa concordia de acción y de pensamiento*, consagremos nuestros esfuerzos á procurar el triunfo de los intereses católicos, los cuales están por cima de todos los demás intereses. Sacrifiquémonos, pues, con el objeto de que la Iglesia se desenvuelva libremente en nuestra España; hagamos católicos á todos, y lo demás..... se nos dará por añadidura.

Pocas novedades en Egipto desde nuestra última *Crónica*. Inglaterra permanece en profunda reserva acerca de los proyectos que medita sobre aquel país, y no se ve con más claridad la actitud de las demás potencias. El discurso pronunciado por un individuo del Gabinete inglés, Mr. Dodson, á sus electores de Scarborough, ha sido y es muy comentado por la prensa toda de Europa: en ese discurso ha dicho el Ministro que no pueden ser más conciliadores los propósitos del Gabinete británico con respecto á la cuestión de Egipto; que sólo aspira y desea dar á Egipto instituciones populares y á mantener para todas las naciones, sin restricción alguna, la libre navegación del Canal de Suez.

Promete además el ministro inglés que no permanecerán sus tropas en Egipto más tiempo del que fuere necesario, y añade que no va á ser allí estable y permanente su intervención. Recordamos á este propósito que hace doscientos años que retienen nuestra plaza de Gibraltar, y eso que solo hablaron al ocuparla de posesión provisional.

Creemos arrancada al miedo la confesión del ministro, cuando ha prometido no quedarse con Egipto, pues harto comprenden Gladstone y sus compañeros de gabinete cuán difícil sería que las demás naciones vieran sin protesta satisfacer una vez su egoísmo á la Gran Bretaña. En el entretanto sigue con muchas probabilidades de ser condenado á muerte por los tribunales militares que han de juzgarle el ex-dictador Arábí, habiendo declarado Tewfik que si los tribunales dictan tan tremenda sentencia, la cumplirá, aunque con harto dolor de su corazón.

De todas suertes, bien se puede aventurar la especie de que algo más ha de costar á Inglaterra normalizar la cuestión de Egipto que el haberle vencido y domeñado en la última campaña.

* * *

Grande inquietud la que se nota en Francia por hallarse tan próxima la apertura de las Cámaras. Este acontecimiento, que tendrá lugar probablemente el 6 de Noviembre, trae intranquilo y desasosegado el espíritu de Mr. Duclere, presidente del Consejo de Ministros en la vecina República. Ve las cosas Mr. Duclere de modo tan poco lisonjero para su política, que solo en la disolución de las Cámaras encuentra remedio para conservar su vida ministerial; y como haya sido tan candoroso que manifestara á alguien el propósito de apelar á tan extremo recurso, la prensa le ataca con saña y vigor desusados. No creemos que solicite tal medida Mr. Duclere; pero si lo hiciera, á bien seguro que Grevy no ponía el anhelado decreto en manos de su primer ministro, seguro como está de que tal prueba de confianza no la había de llevar con paciencia el que todavía se considera dueño y señor de los destinos del país vecino, Mr. Gambetta. En lo único que se muestran unidos los radicales franceses, los de Freycinet como los de Julio Simón, los de Tirard como los de Clemenceau es en mostrar el odio satánico que profesan á toda idea que se manifieste en el seno de aquella sociedad en son de protesta contra los gobiernos que la deshonoran. Porque en uso de un derecho perfectísimo han celebrado los legitimistas el glorioso aniversario del nacimiento de su augusto monarca Enrique V, con numerosos banquetes, en los que se ha puesto de relieve una vez más el espíritu nobilísimo que aun vive en los buenos hijos de la Francia, por eso y nada más que por eso, ha tronado la prensa contra tamaña osadía y ha discurrido el Consejo de Ministros sobre el modo y manera de meter en cintura á los rebeldes. Fortuna que es grande

el temple de alma de nuestros hermanos los franceses, y cierto que no han de arriar la bandera blanca que tremola en sus manos el Conde de Chambord, en quien ven hoy los católicos de Francia y los de toda Europa el legítimo representante, y el único que puede redimir de su actual vergonzoso cautiverio á la patria de Clodoveo y de San Luis. La enemiga del gobierno para con los legitimistas, ha sabido compensarla el ilustre Conde de Chambord mandando una nota á los periódicos que le respetan como á Rey, en la cual nota da gracias desde el fondo de su corazón á cuantos le han felicitado en sus días, y les anuncia que pronto vá á sonar la hora en que comience un período de acción.

* * *

La horrorosa noticia, que trajo el telégrafo, de haberse atentado contra la vida de León XIII, ha sido afortunadamente desmentida. La bala que cayó dentro de los jardines del Vaticano, en los momentos en que por allí paseaba el Sumo Pontífice, fué un accidente puramente casual, que no ha venido á continuar la serie de iniquidades que vienen cometándose en la Capital del orbe católico, desde la hora en que le fueron robados al Papa sus Estados. Sin haberse manchado Italia con tan enorme crimen, hartos tiene de que avergonzarse esa dinastía y esa monarquía, de la cual acaba de decir Depretis en su discurso de Stradella que supo asociar siempre su destino á los de la patria, opinión que desmiente hoy la realidad, y que mañana desmentirá la historia. Diga lo que quiera Depretis, la prosperidad de Italia no será un hecho, ni renacerá la apetecida calma en los espíritus, ni dejará de crujir la corona real en las sienes de Humberto, ínterin no se desagrarie al mundo católico, ofendido en la persona del venerable León XIII, que además de Pontífice, es Rey.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

MISCELÁNEA.

DISCURSO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Á LOS PEREGRINOS ESPAÑOLES (1).

«A poca distancia los unos de los otros, nos ha sido dado recibir en estos días á los peregrinos italianos y á los peregrinos españoles; á aquellos antes de que fuesen á venerar en Asís el humilde Patriarca de los pobres, San Francisco, en el séptimo centenario de su nacimiento, y á éstos en el instante en que se disponen á festejar á su ilustre compatriota y Patrona Santa Teresa en el tercer centenario de su santa muerte. Y así como entonces recibimos con gozo á nuestros hijos venidos de Italia, así con grandísimo contento acogemos hoy á los católicos españoles, hacia los cuales sentimos el más tierno amor de padre. Vivamente hemos deseado que, superando todos los obstáculos, pudiesen venir á Roma para visitar, á fin de fortalecer su fe, los sepulcros de los Príncipes de los Apóstoles, y los lugares santificados con la sangre de los mártires, para confirmar su bien conocido amor á la Iglesia, y su tradicional adhesión al Vicario de Jesucristo. Vosotros ¡oh queridísimos! secundando los votos y el impulso de nuestro amado hijo el Cardenal Arzobispo de Toledo, vencida toda humana consideración, habéis venido los primeros: sabemos que otros también de Aragón, de Cataluña, de Navarra, de Andalucía y de otras provincias se disponen á seguir vuestro ejemplo laudabilísimo bajo la dirección y la guía de sus Pastores.

»Bien está, y no podía ser de otra manera, porque la nación española es celebrada en todas partes por su firmeza y constancia en la fe, por su profunda adhesión á la Religión Católica, y por la veneración y obsequio que profesa al romano Pontífice. Estos sentimientos se con-

(1) Por falta de espacio no reproducimos el Mensaje que leyó á Su Santidad el respetable Sr. Obispo de Sigüenza en el acto solemne de la audiencia concedida por León XIII á los romeros. Del admirable discurso de Su Santidad nada diremos á nuestros lectores, que le pondrán, como nosotros, sobre su corazón.

servan aun vivos en el seno de las familias, se revelan en la vida pública de la nación, se manifiestan con las obras.

»Por estos títulos de sumo valor á nuestros ojos, y altamente gloriosos para vuestra patria, Nos amamos mucho á España y es objeto de nuestra más paternal solicitud. Y esta solicitud nos hace desear ardientemente que nunca se aleje de sus verdaderas tradiciones, y que no obstante los esfuerzos de los enemigos, se muestre siempre más estrechamente unida, y cada vez más firme y decidida en la obediencia á los pastores sagrados.

»Y puesto que los intereses religiosos, advertirlo bien, carísimos, van por su importancia delante de todos los demás, y deben ser amados por cada uno más que todos los otros, Nos quisiéramos que los católicos españoles estuvieran todos concordados y se dieran la mano recíprocamente para defenderlos, promoverlos y procurarlos. Y ¡oh qué consolador espectáculo sería si todos aquellos que en España se precian de hijos devotos de la Iglesia, se unieran en una santa concordia de pensamientos y de acción, para oponerse á la incredulidad é impiedad que prevalecen, como antes sus mayores valerosamente se opusieron á la herejía, al cisma y al predominio de los moros! Así obtendría ciertamente grandísimas ventajas la Iglesia, y Nos no leve consuelo. No menores ventajas reportaría á vuestra patria, que siempre halló en la influencia saludable de la Religión su principio fecundo de prosperidad y de grandeza.

»Nos, por el amor que nos une á esa noble y fiel nación, dirigimos al cielo los más fervientes votos, á fin de que mediante la acción concorde de todos los buenos, y sus esfuerzos comunes, resplandezcan en ella siempre días felices y gloriosos.

»Como prenda de concordia é inspiradora de obras santas, invocamos á la Virgen bendita en este día en que toda la Iglesia la exalta y festeja bajo el glorioso título del Rosario. Al nombre de la Virgen queremos unir el nombre del Serafín del Carmelo, ahora especialmente que honores solemnísimos se preparan en España y en todo el mundo: ella, gloria esplendidísima de la tierra natal que ilustró con sus virtudes singulares y con su doctrina sobrehumana; ella, mujer varonil é invicta, que á la edad de siete años tuvo valor para encaminarse á tierra de infieles deseosa de dar por Jesucristo su sangre y su vida, y que para gloria de ella emprendió y condujo á término las más arduas empresas; ella, por decreto pontificio, fué dada á España como principal Patrona, después del glorioso Apóstol Santiago; ella, estamos seguros de que hará valer cerca de Dios su poderosa mediación, y estamos seguros también de que la heróica Santa mirará propicia y benigna desde el cielo, en medio de tan grandes angustias, á esta Sede Apostólica que tanto contribuye á glorificarle y á acrecentar su culto.

»Estas pocas palabras, manifestación de vuestros sentimientos, hijos amadísimos, debía deciros en respuesta á vuestro noble y afectuoso

mensaje. Al volver á vuestra patria, repetídlas á vuestros compatriotas, y llevadles también, en prenda de nuestro especial afecto, la bendición apostólica que con toda la efusión del alma damos á vuestros ilustres Prelados, á todos los presentes, á los que os siguieron en espíritu, á vuestras familias y á todos los católicos de España».

ORACIÓN

pronunciada en la Capital del orbe católico por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Teruel, en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz, titular del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, aprobada y elogiada por nuestro Santísimo Padre León XIII.

Después de un breve exordio religioso, dijo así el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Teruel:

—«Voy á haceros una confesión y á expresaros una idea.

»¿Quién sabe si la confesión que os voy á hacer será la misma que vosotros quisierais hacerme á mí? Mi confesión es esta. Desde hace mucho tiempo deseaba vivamente, con toda mi alma, formarme una idea de lo que era la verdadera grandeza, la verdadera majestad; porque sabiendo el origen del hombre, aspiraba como todos á ese *quid divinum*, á que nos sentimos impulsados, y de aquí ese afán, ese deseo de inmortalidad; y ayer indudablemente lo conseguí al ver al Pontífice romano, al oír al supremo Jerarca de la Iglesia Católica y aprender de sus labios lo que él sólo sabe enseñar, porque á él sólo da Dios y concede, lo que á los demás ni concede ni da. Y fué tal la impresión que experimentó mi corazón, que latió como nunca, con extremada violencia, y á lo que yo entendí tomando proporciones gigantescas se adelantó á la cabeza, mandándole que dejara su puesto de vanguardia, porque junto á la Cátedra de Pedro la inteligencia humana desaparece; pero los afectos del corazón siempre tienen cabida, y fué aquel un momento que jamás se borrará de mí, en el que el discurso ya no fué discurso, pero el amor y afecto fuéronlo en su más alto grado.

»Y bien sucedió así, y yo me alegro; porque de esta suerte ví con perfecta claridad lo que de antemano tenía aprendido y de que jamás he dudado: que la Iglesia Católica reviste siempre ese carácter, ese sello divino que le impuso su fundador; y que si bien su propagación se debió á los milagros y á la santidad de su enseñanza y á otros motivos de que ahora no debo ocuparme, fuera también bastante lo que se observa y descubre en su Cabeza visible, en el Vicario de Cristo, en el Pedro que no muere. Y me podéis creer; tan conmovido me ha-

llaba en la presencia del Pontífice, que me figuré desaparecía mi insignificante personalidad; pero á la par me encontraba como trasladado á una región desconocida para mí, en donde Dios me descubría algo que es inmenso, infinito, y aprendía con cuánta verdad dijo el Redentor del mundo: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres»; porque ante mí veía uno que es superior á todos, descuella sobre todos, y para todos habla palabras de vida eterna; y si no supiera ya y creyera con toda mi alma cómo el Dios de amor está con él, ayer lo hubiera creído. Indudablemente; para ser enemigos del Pontífice romano y perseverar en oposición á él es una necesidad no conocerle, ni oírle: alejarse, porque de otro modo se experimenta un influjo divino, y una fuerza irresistible que obliga á exclamar: *Digitus Dei hic est.*

»La figura del Pontífice es única, y ninguna otra con ella se confunde; todas se achican, y á su lado no dicen bien Emperadores ni Reyes ni grandezas terrenales, si no se humillan, reverencian y adoran. Esta es mi confesión, y si como entiendo es también la vuestra, superabundantemente Dios nos ha premiado. Olvidados quedan los sacrificios que hemos hecho al abandonar nuestra patria para besar el pie santo de la majestad más grande que en el mundo existe; y si los que no son católicos fervorosos no lo comprenden, nosotros, que amamos, sabemos bien que la presencia del Pontífice y una palabra cariñosa salida de sus labios enjagan todas las lágrimas, alegran todos los corazones y producen un gozo inexplicable y un premio que satisface.

»Sabida ya mi confesión, os expresaré mi idea; es esta:

»Me pregunté, sin darme cuenta, cuando mi vista estaba fija en el augusto semblante del sucesor de Pedro, y en aquel momento en que aprendía las importantísimas lecciones de la sabiduría que hasta el cielo conduce al hombre: ¿cómo siendo la Religión Católica la única que posee las notas y caracteres de divina; cómo siendo tan fácil comprender dónde está la verdad; cómo siendo el Pontífice, por divina disposición, la positiva grandeza; cómo debiéndose todo lo bueno al Papado; cómo en medio de tanta luz; cómo después de diez y nueve siglos, después de tantos milagros, de pruebas tantas, cómo hay hombres que la combaten aún? ¿Cómo se explica que se encuentre hoy el Supremo Jerarca en la tristísima situación en que le vemos, sin aquella libertad, tan absolutamente necesaria para dirigir y gobernar el pueblo santo de Dios? ¿Cómo no se aunan los católicos todos del mundo para defender el tesoro de inapreciable valor que la mano bienhechora del Señor nos dejara? ¿Y cómo se explican las lágrimas ardientes que surcan las mejillas del venerable anciano del Vaticano? Y por último, ¿cómo puede el mundo vivir quieto y tranquilo mientras el Pontífice que le salva por la doctrina y el ejemplo, está reducido á los estrechos límites en que todos le contemplamos?

»Llegué á creer que toda esta serie de preguntas las dejaría sin so-

lución, exclamando únicamente: ¡Arcano de Dios! yo te adoro, me humillo y sólo fuerzas me quedan para caer postrado, y colocando mi frente en el polvo confesar mi pequeñez, mi insignificancia y nulidad; pero ¡ay!, peregrinos de mi alma, una idea pasó por mi mente, y mi corazón la abrazó. La vais á oír.

»Si los católicos, díjeme, siguiendo en todo al Papa y los Obispos, como Cabeza el primero, y en comunión con ella los segundos, pudiéramos unirnos y entendernos para todo lo bueno, el aspecto de la Iglesia sería otro, el faro luminoso del Pontificado luciría con más brillantez, los enemigos del Catolicismo temblarían, y la victoria no se haría esperar mucho tiempo.

»Los católicos unidos, y unidos también sus enemigos, el triunfo es de los primeros. Esta verdad nadie la puede poner en duda; porque su número es mayor, sus armas de mejor temple, y la verdad siempre vence al error y la mentira. Desunidos los católicos, y desunidos sus enemigos, el triunfo sería también de aquellos; porque disponen de fuerzas con que los otros no cuentan ni contarán jamás; pero desunidos los católicos, y unidos sus enemigos, estos conseguirán, no un triunfo completo, porque siempre será verdad el *porta inferi non prebalebunt*, pero sí alcanzarán victorias parciales que nos harán derramar amargas lágrimas, como al presente las derramamos, viéndonos forzados á exclamar. «La culpa es nuestra, Dios no nos abandona, nosotros le abandonamos con el necio empeño de conseguir victoria sin poner por nuestra parte lo que con tanto juicio y sabiduría se nos exige».

»Pero ¿por qué, Dios mío, por qué los católicos no nos unimos? ¿Por qué no nos entendemos siguiendo en todo y apelando en todo al juicio del Papa y los Obispos, sin otros guías ni directores, á quienes Dios no ha concedido la santa misión que á aquellos? ¿Por qué no hacemos esto, no sólo en una nación, sino en todas las naciones? ¿Quién lo estorba? ¿Quién lo impide? ¿Es acaso el creernos fuertes porque la Iglesia Católica es indestructible? ¿Es acaso por figurarnos que el que nos crió y redimió sin nosotros ha de darnos paz, prosperidad, gracia y gloria sin nuestra cooperación? ¿Es por ventura el temor para evitarnos peligros? ¿Es porque nos agrada conservar nuestros bienes y comodidades para no exponerlos en el tiempo en que unidos combatamos para sostener ileso el depósito de la fe? ¡Ah! señores; si llegáramos á convencernos de que la acción de los católicos es hoy tan necesaria como al cuerpo el aire que respira, yo no dudo que, abandonando comodidades y riquezas, y desechando pueriles temores, nos uniríamos como en apretado haz, y sin apelar á otras armas más que las que nos proporcionan la unión é inteligencia, y aun sin salirnos un punto de la legalidad, con sólo hacer uso de nuestros derechos reconocidos, pero bien entendidos y mejor ejecutados, dentro de poco el Pontífice sería salvo, y salvos nosotros y el mundo todo.

»El negro daño lo encuentro yo en que muchos católicos, á quienes

no niego lindo entendimiento y ferviente corazón, se han empeñado en unir y enlazar lo que no debe estar unido y enlazado, en que marchen á la par y por un mismo camino la Iglesia Santa con lo que cada uno cree ser mejor en el gobierno de las naciones; que es lo mismo que empeñarse en que un gigante vigoroso siga el paso en largo camino de un niño de pocas fuerzas, enfermizo y débil; pues que en este caso el gigante no caminaría como tal, y al recorrer el camino, ó lo haría perezosa y lentamente, ó volvería hacia atrás, juguete de los antojos de aquel.

»No, no, señores; dejemos que la Iglesia camine por sí sola, consiga lo que de derecho le corresponde, y si es necesario, ella conducirá en sus brazos al niño y le colocará junto á sí sin fatigas ni quebrantos.

»Indudablemente hoy la unión de los católicos es una necesidad, sí, no queremos vivir vida angustiosa. Esta unión se ha iniciado aprobándola y bendiciéndola el Sumo Pontífice con frases de alto encomio y con deseos explícitos de que ámpliamente se difunda y prospere, y no debemos detenernos, sino marchar adelante con recta intención, sin más miras que el triunfo de la Iglesia, llamando, atrayendo á los hombres de buena voluntad, uniéndonos para ser potentes, para conseguir altísimos fines.

»Ante mí veo auxiliares nobilísimos que en nuestra querida España pertenecen á ese centro de atracción bajo la guía de los Obispos, siguiendo en todo sus mandatos y hasta sus menores indicaciones, y yo les ruego en el nombre del Señor que no abandonen su empresa y que contemplan en el cielo la brillantísima corona que les espera.

•No dudéis, señores, que Jesucristo del Cielo trajo fuego para que ardieran nuestros corazones, y si el fuego se ha amortiguado, al lado del Pontífice podemos hacer recobre su fuerza, y al volver dentro de poco á nuestra amada patria, cada uno de nosotros pueda decir: «peregrino marché á Roma, y apóstol vuelvo á España»; y sea esta peregrinación el lazo que nos una, entendidos para todo con los católicos fervientes de esta Ciudad Eterna, que indudablemente aspiran como nosotros á la mutua inteligencia, y nos lo vienen probando desde el instante mismo en que pusimos el pie en la Roma de los Papas; y quisiera, bien lo sabe Dios, que algún corazón más potente que el mío se llegara á ellos con este fin, y fuera Roma como el centro de la unión, auxiliándonos para todo lo bueno y aquí plantáramos el grano de mostaza que, fecundizando y desarrollándose, creciere hasta formar altísimo árbol que con su frondosidad y frutos nos cobijase á todos, y nos guardase de las tormentas que vengan sobre nosotros hasta conseguir el triunfo de nuestras santas y salvadoras ideas.—

Bajo la inteligente dirección del Sr. D. Zacarías Barrios, se ha establecido en esta corte un nuevo Colegio de 1.^a y 2.^a enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros. Conociendo las relevantes prendas que adornan al Sr. Barrios, seguros estamos de que el Colegio de San Pedro—este es el nombre que lleva—se verá muy favorecido por los padres de familia que deseen para sus hijos buena y sólida instrucción, basada en el santo temor de Dios. El Colegio de San Pedro está instalado en la calle de San Andrés, 33—Carranza, 5—(Glorieta de Bilbao—Monteleón), y lo recomendamos vivamente á nuestros lectores.

Dignos son de la bien adquirida fama del Sr. D. León Carbonero y Sol, Director de *La Cruz*, los dos libros que acaba de dar á la estampa, consagrados á Santa Teresa de Jesús el uno, y el otro á San Francisco de Asís. El infatigable escritor católico no se rinde ni se cansa con el peso de los años, y conserva, por dicha suya y de las letras, harto despejado su entendimiento para cantar las glorias de nuestra Santa Madre la Iglesia. Enviamos nuestro sincero parabien al Sr. Carbonero y Sol por la publicación de sus dos citados libros.

Encargado nuestro querido amigo el Sr. D. Hipólito Casas y Gómez de Andino, dignísimo catedrático de la Universidad de Oviedo, del discurso de apertura, en dicha Universidad, ha disertado en tan solemne acto sobre la gran figura de Alonso X el Sabio, de quien ha hecho un retrato de cuerpo entero. Satisfecho puede estar de su trabajo el Sr. Casas. Rica y variada erudición, juicio sano y rasgos de notable buen gusto, con más, un lenguaje terso y puro, todo esto notará en el dicho discurso, quien tenga la fortuna de leerle. Reciba el Sr. Casas nuestra cumplida enhorabuena.

De regreso en Madrid, el Sr. D. Miguel García Romero, vuelve á encargarse de la dirección de esta REVISTA.

EL DOCTOR BÜCHNER,

Ó EL CATECISMO DE LOS MATERIALISTAS (1).

VII.

Más difícil de digerir, si no más nuevo, es lo que nos cuenta nuestro doctor acerca de la teleología, ó sea ciencia de los fines, en su capítulo XI. Pues es que en la naturaleza no hay fines, no hay nada intencional, es un error creer que el ojo se haya hecho para ver, el cerebro para pensar, la lengua para gustar y hablar, el oído para oír, los pies para andar, el corazón para dar movimiento á la sangre, el estómago para digerir, las raíces de las plantas para sostenerlas y recoger los jugos alimenticios, las hojas para respirar, etc., etc. Todo esto es un efecto casual de las fuerzas físico-químicas, que al cabo de aproximar por tiempo infinito unos átomos á otros, han producido diversas combinaciones, de las cuales muchísimas han desaparecido por falta de condiciones para perpetuarse, y otras subsisten por una razón contraria. Esa armonía del mundo que nos trae tan embelesados, y más á los fisiólogos y naturalistas, es pura música celestial, es un efecto fortuito de los átomos en eterno movimiento, como decía Lucrecio; sólo que Büchner no cree que sean como los corchetes, unos machos y otras hembras; sino que basta con la atracción

(1) Véanse los números anteriores.

y afinidad química para que se junten y mantengan sujetos. «Así es que la naturaleza hace cosas absurdas, como los monstruos, ó inútiles, ó por medios desproporcionados, ó nocivos, como las chinches. Eso de *finés* ó *causas finales* es invención nuestra, pues allí donde obran causas naturales, podemos ver siempre un fin preconcebido», por ejemplo: que el granizo se ha hecho para asolar los campos y hacer rabiarse á los labradores. (Este ejemplo le pongo yo, no se atribuya á Büchner su responsabilidad). Y esto es todo lo que se le ocurrió, para dar de baja á esa prueba hermosísima, con que tantos hombres eminentes se han deleitado en hacer sensible la existencia y la sabiduría de Dios, entre los cuales se leerá con delicia la *Introducción al símbolo de la fe*, de nuestro P. Granada, mientras haya quien entienda algo de elevación de espíritu, de elocuencia y de habla castellana.

Aquí es donde yo esperaba al amigo Büchner, para probarle que, si es verdad lo que dice, en los 648 millones de años que lleva la tierra de historia, según nos cuenta, no ha tenido tiempo todavía para formar un chiquillo, y por consiguiente, que es un disparate creer que hay chiquillos en el mundo, ni menos hombres. ¿Cuántos átomos de oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno, azufre, fósforo, cal, etc., han tenido que combinarse para formar un niño? Infinitos, según nuestro doctor; pero seamos galantes, y demos que tengan un número limitado, aunque enorme. Más; supongamos que anda ya hecha por el mundo cada parte del cuerpo de un chico, y no ha necesitado más que encontrarse por casualidad, ó por la atracción, con las otras, y colocarse en su lugar correspondiente. Digo, que en los 648 millones de años consabidos, no se ha podido hacer; que podría apostarse otros tantos millones de duros contra una pieza de *perro*, como llaman por Castilla á las de cinco céntimos de peseta (sin duda porque el antiguo león de España se ha convertido en un perrillo flaco y mal humorado), á que no se hacía; y no sería loco el que pusiere

los millones, sino el que pusiese la pieza de perro, si le hacía falta para comprar una caja de fósforos. Demos que esas partes sean nada más que ciento (que son muchas más) y que anduvieran juntas en una caja haciendo tentativas de combinación regular, como la que ahora tienen en el cuerpo humano, y demos que hicieran al año un millón de tentativas. En los 648 millones de años tendríamos 648 billones de tentativas, y no es aún remotamente probable que acertaran en una. Porque según la ley de las combinaciones (y ya sabemos que la matemáticas no pueden fallar), habría con las cien partes tantas combinaciones posibles, que los 648 billones serían en comparación una gota de agua en la laguna de la Nava ó en el canal de Campos. Baste decir que, según la regla de las permutaciones, se tendrían:

$$100 \times 99 \times 98 \times 97 \times 96 \dots \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$$

Y lo que digo de un niño, digo de un organismo vivo cualquiera, por sencillo que sea, aunque en menor proporción; además de la imposibilidad material de que las fuerzas fisico-químicas produzcan una vida, es decir, lo menos á lo más, la atracción, calor, electricidad, etc., á la sensación, la voluntad, la idea.

Es, pues, en buena filosofía, en esa filosofía que está basada en la *naturaleza* y en la *razón*, absurda é imposible la generación espontánea, y necesario admitir una inteligencia infinita, un designio, causas finales.

Y por la misma razón, además de una invariable y constante experiencia, en todos los casos en que puede esta verificarse con claridad y sin los engaños microscópicos, es absurda é imposible la transmutación de especies, por más que puedan darse modificaciones muy profundas en ellas, constituyendo razas variadísimas, como la de los perros, y no sería extraño que en algunos

casos estas modificaciones hayan engañado á los naturalistas, haciéndoles tomar por especies diversas las que no lo son.

¿Y se defenderá todavía á nombre de la *ciencia* las generaciones espontáneas y transmutación de especies, porque Darwin sostenga esa paradoja, y le sigan aquellos naturalistas que muestran mayor interés en propagar el materialismo que en conocer la naturaleza; que están como Büchner, *subjetivamente* convencidos, esto es, si no lo entiendo mal, convencidos sin pruebas objetivas, sin pruebas de experiencia y sólo por atacar y borrar del mundo la idea espiritualista? Yo, aunque lo siento, voy á citar algunos sabios harto más conocidos que estos, como hombres de ciencia—no más *famosos*, pues famoso lo es cualquiera, un Eróstrato, un Francisco Esteban—que rechazan como opuesta á la ciencia y á la experiencia una y otra hipótesis, que ven y admiran *causas finales*, intenciones, la sabiduría más admirable y pasmosa.

El sabio naturalista Carus (1) dice: «En las gotas microscópicas de una fluidez aun indiferente é inerte de cada germen, existe un tipo, ó mejor, un prototipo espiritual que obra. Cuando una cosa debe nacer, sea obra de la naturaleza ó del arte, la primera condición que se requiere para ello, es algo eterno y preexistente al objeto temporal, es decir, *la ley*. Esta idea precede necesariamente á toda realidad creada, como es preciso que el plan de un edificio exista completamente fijo en la cabeza del arquitecto, antes de que se sobrepongan las piedras unas á otras para la construcción. La forma es todavía indiferente en el germen; vista con los mejores instrumentos no es más que una esfera, cuya cavidad está llena de una materia fluida incolora. Tal es el primer principio de todos los organismos que conocemos. No hay anatomía bastante sutil que pueda distinguir el germen de un pájaro del de un pez, y aun del hombre». ¿Quién es, pues, el

(1) *Organon der Erkenntniss der Natur und der Geistes.*

que hace que no se equivoquen jamás, y que el germen de una ave no produzca un pez, ni el del hombre un pez ó una ave? La idea, el tipo, la fuerza inteligente que lo ordena todo, no sabemos por qué medios.

Aunque no sea naturalista, citaremos un párrafo de Trendelenburg (1), palpitante de evidencia: «La naturaleza se esconde para trabajar, como si quisiera quitar hasta la posibilidad de que pensemos en una explicación de las causas y de las fuerzas. Si el ojo, por ejemplo, estuviera expuesto á la luz mientras se forma, podría en rigor sospecharse que el rayo luminoso dispondría por sí mismo este precioso órgano á fuerza de solicitarle; mas el ojo se forma en la oscuridad del seno materno para corresponder á la luz después del nacimiento. Lo propio sucede con los otros sentidos. Hay una armonía preestablecida entre el ojo y la luz, entre el sonido y el oído, entre el suelo que nos sostiene y la mecánica de los órganos del movimiento. Porque, sin haber existido comercio entre ellos, entran desde luego, no mientras se forman, sino después de su formación, en una relación íntima. La luz no ha despertado la vista, ni el sonido el oído; el elemento en que ha de moverse la criatura no ha formado los órganos de la locomoción; no: los órganos han sido formados expresamente de antemano para las operaciones que deben producir y para los medios en que deben producirse. Estamos aquí como en un círculo, pero que nada tiene de vicioso. El órgano con su actividad cae bajo la acción de causas exteriores, cae bajo la ley de su propia operación, pero con su estructura visiblemente intencional. El ojo ve, pero *el ver* ha presidido á la estructura del ojo. Los pies andan, pero *el andar* ha sido el norte para formar las articulaciones de los pies. Los órganos de la boca hablan, pero *la palabra*, la necesidad de expresar el pensamiento se les había anticipado. Este círculo

(1) *Logische Untersuchungen.*

no es otro que el círculo mágico del simple hecho. La armonía preestablecida supone evidentemente un poder en el centro del círculo, poder central en que se reúnen los rayos, en el que el pensamiento es el *alfa* y *omega*..... La intención es manifiesta por do quiera en el mundo; y es que el pensamiento le ha precedido como su principio».

Y Burmeister confiesa (1) «que el don de la voz tiene por causa final el comercio del pensamiento, porque se sabe que, en la naturaleza, medios determinados tienden á fines determinados también». Y Burmeister es enemigo de la Biblia. Y añade: «No se puede desconocer que un *plan* único, una *ley* determinada y constante, abraza todo entero el reino animal. En las formas (de animales) más antiguas hemos reconocido constantemente los prototipos de los animales posteriores, y comparando tipos determinados á circunstancias dadas, hemos demostrado la dependencia de la organización animal con relación á los tiempos y medios en que se produce».

Richard Owen se expresa así (2): «Si el mundo ha sido creado por un espíritu; por una inteligencia preexistente, por Dios, en una palabra, es preciso que haya precedido á la creación del Universo una idea, un modelo de él, es preciso que las cosas hayan sido conocidas antes que creadas. Ahora el reconocimiento de un tipo ideal, base de la organización de los animales vertebrados, demuestra que un ser como el hombre era ya conocido antes que se presentase sobre la tierra. La inteligencia divina veía de antemano en la formación del prototipo todas sus modificaciones futuras. La idea del prototipo se manifestaba en nuestro planeta mucho antes de la existencia de las especies animales en que le vemos realizado. Lo mismo piensan Quatrefages, Elie Beaumont

(1) *Geologische Bilder*.

(2) *Principios de osteología comparada*.

y todos los grandes naturalistas, sin olvidar á nuestro geólogo Vilanova.

Sobre la generación espontánea se expresa enérgicamente Virchow, materialista como es, llamándola *brujería diabólica*, y añadiendo que cada día está más abandonada. Burmeister la rechaza también, aunque para no verse obligado á admitir una intervención sobrenatural, y sin otra razón, cree que existió antiguamente, cuando la tierra estaba en otras condiciones; no advirtiéndole que por no creer una cosa que no comprende, admite otra que está en el mismo caso; y sin ver que una mayor intensidad en los agentes naturales, perjudica en vez de favorecer al desarrollo de los organismos, y que llegando á cierto grado, destruye todo germen, como juiciosamente nota Wagner. J. Müller, Cuvier, el citado Wagner, Ehrenberg, Schwann, Schulze, Unger, Pasteur, han probado que no hay generación espontánea. Liebig (1) se expresa así: «La opinión de que la naturaleza posee una fuerza creatriz, capaz de producir con ciertas materias en descomposición las plantas más diversas y hasta animales, el horror al vacío, el *spiritus rector*, la creencia de que se forma hierro y fósforo en los cuerpos de los animales vivos, son pura y simplemente consecuencia de un examen insuficiente. No tenemos derecho á crear causas imaginarias, cuando fracasan todos nuestros esfuerzos por descubrir las verdaderas; y al ver que los infusorios nacen de huevos, sólo nos resta averiguar por qué medios estos huevos se propagan».

La teoría de Darwin, que es la de Lamarck con ligeras modificaciones, la rechazan con pruebas perentorias Buckland, Czolbe, Virchow, Quatrefages, Snell, Cuvier, Owen, Elie Beaumont, Agassiz, Flourens, Thom. Bischoff, sin contar los más antiguos y célebres sabios y naturalistas que fueron francamente cristia-

(1) Cartas sobre la química.

nos, como Linneo, Copérnico, Kepler, Werner, Newton, Davy, Oersted, Kilmeyer y otros innumerables. Novísimamente ha publicado Valroger un libro (1) en que, después de probar que ni la generación espontánea ni la transmutación de especies prueban nada contra el espiritualismo, la existencia de Dios, ni aun contra las doctrinas católicas; hace ver que no están fundadas en prueba alguna seria y son contrarias á la experiencia. Pero ¿qué le hemos de hacer? Los vulgarizadores del materialismo encuentran gran utilidad en estas teorías, aun entendiéndolas en el peor sentido y desnaturalizándolas; y no cesarán de proclamarlas, aunque los sabios las miren con sonrisa desdeñosa y se burlen de este celo de los *dilettanti*.

(Se continuará.)

FRANCISCO CAMINERO.

(1) *La genèse des especes.*

DON RODRIGO Y LA CABA.

He de referir tres historias que, á juicio mío, evidencian cuán revueltas y desconocidas suelen andar por el mundo la verdad y la fábula, pareciendo ésta, no pocas veces, hasta más verosímil que aquella.

I.

Muchos años hace que, Profesor yo de Literatura é Historia en la Universidad de Granada, y contando entre mis discípulos á jóvenes tan ilustres como Godoy Alcántara, que de mano maestra supo disponer la *Historia crítica de los falsos cronicones*, y á Castro y Serrano, el ingenioso autor del *Viaje á Egipto*, los adestraba en actos públicos, á donde asistían las más discretas damas y bizarros caballeros de la ciudad. En una de tan útiles dominicales, que presidía el Rector, ocupando el Profesor la cátedra, y hallándose colocado al pie de ella el discípulo sustentante, reseñó éste, con mucha claridad y viveza, el reinado de Carlos II, desde los días en que menudeaban pasquines por el estilo de

¡Niño inocente,
madre traidora,
pueblo cobarde,
grandes sin honra!

Pintó el recelo y temor general de venir los españoles á ser franceses, por no tener hijos, después de tres lustros de casada con

Carlos II, su primera mujer Doña Maria Luisa de Borbón; á quien otro pasquín decía:

Parid, bella flor de lis,
 en aflicción tan extraña:
 si parís, parís á España;
 si no parís, á París.

Y terminó desarrebozando las calumnias y pérfidos artificios de naciones extranjeras, ansiosas de postrar, desnaturalizar y destruir á la que era entonces señora de dos mundos. En los labios del discípulo despejado y noble, apareció interesante y simpática la figura del Rey.

No lo pudo sufrir uno de los doctores asistentes, patriota barbinegro, cegato y campanudo; y con la venia del Rector, puso reparos al discurso, echando por aquella boca sapos y escorpiones. «Basta, dijo, para conocer quién fué Carlos II, *el Hechizado*, recordar que llevó sobre sus hombros un haz de leña para la hoguera inquisitorial donde pereció su propia hija!»

En vano sostuvo el Profesor haber sido tal especie invención dramática de D. Antonio Gil y Zárate, por aquello de

*pictoribus atque poetis
 Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.*

El Doctor salió de allí, y se pasó un mes clamoreando y manoteando por cuerpos de guardia, cafés, boticas y tertulias; el vulgo le dió la razón; y á la primer gloriosa que hubo, se separó de la enseñanza al Profesor oscurantista y retrógrado; quedando entre aquellos solícitos patriotas ejecutoriado haber sido Carlos II verdugo de una mísera hija, que no pudo tener. ¿Quién sabe si, trocadas las enseñanzas, lo estimarán también verdad inconcusa los historiadores futuros?

Hasta aquí la primer historia.

II.

Pasó algún tiempo desde éste; y me hallé comprometido á escribir, para beneficio del concienzudo pintor escenógrafo Don José Llop un drama, cuyo protagonista debía ser Alonso Cano, gloria granadina y honor preclaro de las bellas artes españolas. Cumplí como bueno; estrenóse el poema en el teatro de Granada, á 5 de febrero de 1842, por el insigne D. José Valero magistralmente representado; no hubo obsequio ni fineza que no me prodigasen aquella noche mis amigos y camaradas; en el Liceo me honraron con poesías excelentes, sobresaliendo las de los señores Cañete y Valera, que ya entonces se conquistaban el digno puesto que hoy ocupan en la Real Academia Española; y el drama halló acogida afectuosa en todos los teatros de España, incluso el de la corte, distinción rara vez otorgada á los estrenos de provincia.

Hube de hacer sujeto de mi *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, el casamiento del pintor; reservando para una parte segunda la trágica muerte de su infeliz esposa. Y como vine á tropezar con la dificultad, insuperable hasta hoy, de ignorarse de todo punto el nombre de esta infortunada y virtuosísima criatura, acudí á la consabida regla de Horacio, y le puse el que imaginé, de pura fantasía, menos vulgar y más sonoro. Dejando escrúpulos á un lado, fingí á esta dama hija de César Belli, el secretario en Nápoles del gran Duque de Osuna; y de mi propia invención y gusto y capricho la bauticé con el nombre de *Margarita*. No quise parar mientes en que la mujer del prodigioso pintor debió de haber nacido mucho después, entre los años de 1618 y 1620; me desentendí, como si tal cosa, de que César Belli murió cinco ó seis años antes del de 1624 en que fijé la acción de la fábula dramática; y le supuse vivo, y le aprisioné cual reo de Estado en la famosa Torre del Oro, de Sevilla. Su libertad, el triunfo sobre sañudos enemigos y la unión de dos felices amantes, constituyeron el desenlace del drama; y á darle colorido de lugar y de época, y á discurrir caracteres y situaciones, convertí por entero mi atención y cuidado, sin inquietarme los pecadillos histó-

ricos, puesto que no busqué inspiración en la verdad, sino en la fábula.

Á últimos del año siguiente de 1843, Matilde Díez y Julián Romea estrenaron en Madrid otro drama, cuyo protagonista fué también Alonso Cano. *Misterios de honra y venganza* era su título; y D. Gregorio Romero Larrañaga le compuso, fabulando al artífice perseguido, atormentado y condenado al fuego por la Inquisición, y librado milagrosamente por su mujer: á la cual llama *Elvira*.

Pues más adelante, D. Rafael San Millán no se arredró de llevar al teatro con interés é ingenio el trágico fin de la que eligió por suya el gran pintor, escultor y arquitecto granadino. Le atribuyó el nombre de *Laura*; y al poema, el de *Infierno y Gloria*.

He aquí de qué suerte una persona real y verdadera, cuyo nombre calla la Historia, aparece con tres diversos en otros tantos poemas dramáticos, llamándola sucesivamente quién *Margarita*, quién *Elvira*, y quién *Laura*. Y he aquí ahora lo muy grave del caso.

Figurémonos lo más prodigioso, inesperado, fenomenal é inverosímil que puede suceder: fantaseemos que llega á nacer un millonario estudiosísimo, discreto, sabio y fino y desinteresado amante de las artes y letras. Concédaseme que el buen señor ambiciona la gloria de Stirling; y lo que éste con Velázquez, hacer él con Alonso Cano. Reune soberbias fotografías de cuanto dibujó, pintó, grabó, esculpió y trazó el peregrino artífice; y cuida que lo reproduzca el buril en láminas inmortales. Desempolva sin descanso bibliotecas y archivos; y cástate que á deshora, en Granada, Jeréz, Lebrija, Sevilla, Córdoba, Toledo, Madrid, Mondragón ó Vergara, tropieza con la partida de casamiento de su héroe. ¡Oh dicha! Pero, ¿qué pasa? Vea V. á mi hombre confuso, pálido, trémulo, cariacontecido y casi desesperado. La mujer del Pintor se llama Gila Zubiaurre, ó Mari Pérez, ó Aldonza Lorenzo. Si es imaginativo é ingenioso, que sí lo será, oigámosle el diálogo que entabla con el Teniente de la Parroquia.

—Este asiento no es legítimo, señor Cura.—¿Que no lo es!— Quiero decir que está equivocado. ¡Qué tiempos! Ni los libreros sabían imprimir sin poner menos palabras que disparates, ni ex-

tender los párrocos una partida fidelísima de bautismo, entierro ó matrimonio. ¿Qué dice aquí?—«Desposé por palabras de presente, que hacen.....»—Aquí, aquí.—«Pintor, natural de la ciudad de Granada.....»—No, aquí.—«Gila Zubiaurre, viuda».—Margarita Velli ha de ser.—Gila Zubiaurre.—Margarita Velli. De la *M* hicieron *Gil*, yerro muy fácil; por *arg* pusieron *azub*, cosa llana; de *ari*.....—No, señor, no hay nada de eso, nada, nada.—Señor Cura, la mujer del Miguel Ángel granadino fué Margarita Velli. Su filiación cabal, haciendo consonancia con otros innumerables datos históricos, verdaderos y exactos, aparece en el primer drama que la sacó á la escena, obra de un compatriota del Pintor, que tuvo á su mano los archivos de la ciudad, y que enseñaba Historia en la Universidad literaria.

—¿Y ese señor, dígame V., conocía y visitaba á Doña Margarita?—¿Cómo, si vivió doscientos años después!—¡Ya me parecía á mí! ¿Y de esta señora, habla en historia ó en comedia?—En comedia; pero téngala V. por historia.—No la tengo.—Pues la va V. á tener: hay prueba plena, histórica y crítica, decisiva.—Á ella me acomodo.—Un literato felicísimo, de tanta erudición como ingenio, en la fantasía español, y alemán en el juicio y en la sangre, director que fué de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, lo dice terminante y resueltamente, ilustrando como crítico sagaz é historiador las *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*. Y fijese V. mucho en que para nada (pues no había para qué) se le vinieron á las mientes ni el drama *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, al cual me referí, ni su autor Fernández-Guerra, muy amigo suyo; y que Hartzenbusch citó el nombre de Margarita Velli como sabido, corriente y vulgar á toda clase de lectores. En fin, tan concienzudo y elegante escritor publicó sus notas á Calderón de la Barca, en 1850, ocho años después de correr el drama por los teatros.—Mire V., señor caballero, si fué en el teatro donde se le puso al docto crítico entre ceja y ceja ese nombre.—No hay que pensarlo siquiera! Sus notas crítico-históricas, de sin igual valía, descansan las más de ellas en relaciones y avisos redactados, á raíz de los sucesos mismos, por cronistas y hombres muy curiosos del siglo XVII. Guardábanse en la biblioteca de nuestros Reyes, y pasaron á la de la Nación, hoy á merced del público. Lea V. es-

tas hojas, arrancadas al tomo XIV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuarto de las *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*, y de qué modo, en la página 713, ilustra Hartzenbusch *El Pintor de su deshonra*.

Copia el siguiente aviso del cronista Pellicer y Tovar, fechado á 28 de julio de 1643:

«Por ahora no se habla sino en ésto, y en dos mujeres que han muerto á manos de sus maridos por adúlteras, el uno pintor y el otro bodegonero».

Y dice muy bien que tal acontecimiento pudo inspirar á Calderón la idea de su comedia.

«Al año siguiente (añade), murió por causa bien distinta, la esposa de otro pintor, cuyo nombre no omitió Pellicer:

«Avisos de 14 de junio de 1644. Sucedió cuatro días ha, que Alonso Cano, pintor de gran fama, tenía un pobre que acudía á su casa para copiar de él los cuerpos que pintaba; y estando él fuera de casa, y su mujer en la cama, sangrada (virtuosísima criatura), el pobre se quedó cerrado en el obrador, y saliendo al aposento de la mujer la mató con quince puñaladas con un cuchillo pequeño. Escapóse, y á ella la hallaron con matas de los cabellos del pobre en la mano».

Ahora ruégole á V. que se fije bien en lo que sigue de Hartzenbusch y viene al caso presente. «Suponiendo (dice), como las circunstancias lo hacen creer, que la virtuosa *Margarita Velli*, mujer de *Alonso Cano*, y la doncella asesinada en *Écija*, perecieron víctimas de la castidad y pureza, no puede uno menos de creer que el principio del honor, profundamente arraigado en España por aquellos tiempos, hacía bárbaros á algunos maridos celosos, hacía heroínas sublimes á algunas mujeres, y probablemente honradas á casi todas. Ellas valían mucho más que ellos».

¿Lo ve V.? ¿lo ve V.? Para Hartzenbusch, escribiendo como historiador y como crítico, era indubitado, cierto, seguro el nombre de la mujer de Alonso Cano.—Pero, ¿menciona papel ó aviso antiguo en que se lea?—¿Qué falta hace, señor, qué falta hace?—Pues, señor mío, no es este pintor el que V. busca.—No lo es.—Á menos que segunda vez no se casara con viuda.—¡Quién sabe!

La que pereció al puñal de un lascivo cruel, se decía Margarita Velli. Consta, lo vuelvo á repetir, por dos testigos de mayor excepción, que deponen en tiempo y lugares diversos, y con propósito diferente cada cual. Ese documento no está bien redactado: le publicaré, no obstante, por curiosidad y cautela; pero negándole crédito. Créame V. que la señora se llamaba Margarita Velli.—

Hasta aquí el segundo cuento. El tercero y último peina ya canas de once siglos.

III.

En el año de 871, murió el egipcio Abderrahman ben Abdelháquem, dejando escrita una historia especial de la conquista de África y España por los sarracenos ¹. Compúsola recogiendo tradiciones de acá y acullá, cuándo fieles, cuándo fantásticas, y haciendo un sartal de todas ellas. Eso sí, como persona formal y timorata, jamás aventuró especie sin poner al canto el nombre de á quien la oyó, para que el incrédulo pudiese evacuar la cita. Supo en cierta ocasión por un tocayo suyo, quien lo sabía por dos árabes, y éstos por otros tan veraces como el zancarrón de Mahoma, que hubo en Toledo una casa fuerte deshabitada, pero bien encerrojada la puerta; en la que, para que nadie entrase, ponía cada Rey visigodo un cerrojo más. No quiso el antojadizo monarca D. Rodrigo seguir el ejemplo de sus antecesores, codiciando ver qué se guardaba en aquel misterioso palacio; y sólo, en sus paredes, halló pintadas figuras de árabes, y un letrado que decía: «Cuando se abran los cerrojos de este alcázar, las gentes retratadas aquí, se enseñorearán de los confines españoles».

Llegó á saber de otro morazo, cuyo nombre era Ozmín, que subyugada Tánger, capital de los dominios hispano-visigóticos en África, Muza confió á Táric la prosecución de la guerra. El cual tuvo la suerte de hacerse apazgado y amigo de Julián, Conde de Ceuta, que andaba rostrituerto con su amo el Rey de

¹ John Harris Jones tradujo al inglés y publicó lo relativo á España, en Gottinga, el año de 1858.

España D. Rodrigo, por haberle éste corrompido á una hija. Ciego de vengativo furor el Conde, y poseyendo la llave del Estrecho hercúleo gaditano, apresuróse á entregar en rehenes sus dos hijas á Táric, que desconfiaba de él, y le abrió las puertas de España; sin discurrir mejor venganza, ni más propia, ni más verosímil; que la de amarrar su patria inocente á bárbara cadena ¹.

Hacia el año de 936 falleció el renombrado Áhmed Arrazí, á quien los árabes llaman por excelencia el Cronista; y no hizo caso de la especie echada á volar por Abdelháquem. Varias y muy útiles obras compuso de historia y topografía de España, inventariando sus montes, ríos y caminos, sin olvidar las regiones, ciudades y puertos, ni los frutos de la tierra, ni los metales más beneficiados, ni las manufacturas excelentes. De ánimo curioso é indagador, averiguó la patria, nombres y abolengo de los primeros invasores y conquistadores de la Península, el número de soldados que trajo cada uno, la fecha de su venida, la puntual de la batalla del Guadalete, y los encuentros parciales que hubo hasta esa rota decisiva.

Hijo del insigne cronista Arrazí fué Isa, á quien nosotros decimos *El moro Rasis*; el cual adicionó y retocó la *Historia de España* escrita por su padre, dándole la última pincelada en 976. Vino á echar de menos, en el original heredado, lo fantástico y novelesco del egipcio Abdelháquem; y no solamente se lo apropió, sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza. En su pluma, Táric ve á deshora desde su alcázar tangerino venir por la mar unas galeras de España. Traen á Julián y á dos parientes de Wittiza, que le piden ayuda para subir al trono y vengarse de Rodrigo. Cuéntanle ser costumbre de los monarcas visigodos tener por meninos y meninas á los hijos é hijas de los patricios («costumbre, advierte el historiador, que aun hoy guardan», —aludiendo sin duda al palacio leonés de Ramiro III), y que el Rey D. Rodrigo había forzado á la hija del Conde, la cual era en palacio una de las meninas. Ella se lo ha escrito á su padre, á la vez que le escribe también el Rey pidién-

¹ Ebn Abdelháquem, 209.

dole buenos halcones para la caza; á quien contesta que se los enviará tales y tan buenos, como no los haya visto jamás. Los halcones han de ser Táric y sus audaces berberiscos. «Por lo que toca á las proezas de Táric en España (añade Isa), no andan contestes las memorias de los rabies» ¹.

Ya es de imaginar cuál agradaría el bien aderezado cuento á un prócer en la corte de Alháquem II, á un fastuoso cordobés, á un descendiente de Olmundo, el hijo mayor del Rey Wittiza, al historiador Ebn Alcutía, que murió el año de 977. *Ebn Alcutía* vale tanto como *El descendiente de la Goda*. La cual no fué otra que Sara, la hija mayor de Olmundo y heredera con otros dos hermanos, de las paternas posesiones y aldeas, hasta en número de mil, precio infame de la vil traición á la patria. Mucho debió lisonjear al historiador hallar poéticamente explicada y cohonestada la maldad execrable de aquel abuelo suyo ².

Treinta años después, el autor anónimo de la «Colección de Tradiciones» (*Ajbar machmúa*) habló de todo ello como sabido y corriente.

Ni desplazó el novelesco relato de Isa Arrazí, á Ebn Adzari de Marruecos; y le hubo de incluir en su *Historia de África y España (Bayán almogrib)*, escrita hacia los primeros días de la centuria XIII.

Con mucha mayor verosimilitud San Pedro Pascual de Valencia (1227-1300), Obispo de Jaén y titular de Granada, en cuya ciudad logró la palma del martirio, atribuye, no á D. Rodrigo, sino al lascivo Rey Wittiza el agravio hecho á la hija del Conde *Don Illane* ³.

Se desentendió de parecer tan cuerdo, medio siglo más adelante, el bizarro granadino Ebn Aljathib (1313-1374).

Pero no así en verdad su docto contemporáneo y biógrafo Ebno Jaldón (1332-1406), tunecino, servidor de Mohámmad V,

¹ Ebn Azari, en el *Bayán almogrib*, 8, copia un largo párrafo de Isa, donde aparece todo esto.

La obra de Ahmed Arrazí, adobada por su hijo, se vertió más de una vez al castellano (la última en 1312), siempre con muy ruda Minerva. Entre nosotros se denomina la versión, *Historia del moro Rasis*.

² Ebn Alcutía, 8—Almakkari (1634), I, 168.

³ *Libro contra la seta de Mahómat*, I, 7.

Rey de Granada, pues se ajusta á la opinión del Santo Obispo mártir ¹.

Por último, al cabo de dos largas centurias, Almakari, berberisco de Tremecén, como fuese á Damasco, explicó allí Historia y Literatura españolas; y de las explicaciones hizo un libro en 1634. Al referir la caída de Rodrigo y las hazañas de Táric, gusta de averiguar con exactitud las fechas y circunstancias de muchos sucesos, pero abulta la fábula con nuevos pormenores. Pinta al valeroso Táric dormido, cruzando el Estrecho en su nave capitana, y apareciéndosele sobre las rizadas hondas el falso Profeta y los cuatro primeros Califas, que le anuncian imperecederos laureles; y en cuanto pisa las playas andaluzas, una viejecilla, mujer de cierto adivino, le grita que se mire bien, y sepa estar llamado á esclavizar á España quien tenga la cabeza gorda y un cerdoso lunar en la paletilla izquierda ². Almakari no toma en cuenta lo que dijeron el mártir de Granada y Ebno Jaldón, y se acomoda á lo vulgarizado por Ebn Aldelháquem.

Nuestros cronicones latino-hispanos, dictados por Obispos y Sacerdotes, conserváronse limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110; y no cayeron en la tentación de falsificar al último Godo. ¡Cuán bien decía el insigne crítico y humanista sevillano Alfonso García de Matamoros, estar nuestros antiguos cronicones á tanta distancia del esparcimiento y deleite, como de la falsedad y la ineptia: *quàm a deliciis longè, tam ab ineptiis et menlacio procul* ³! Pero reducidos á pavesas los archivos, al hundirse entre llamas todas las iglesias visigóticas, durante cuatro siglos de guerra feroz ⁴; y desde que, hacia el año de 850, los muladíes y los árabes españoles comen-

¹ *Historia Universal*, manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, Q, 742 y K, 712.

² Almacari, I, 160, 174.

Cervantes, de quien debieron ser conocidas en Argel muchas historias y leyendas arábicas, no desaprovecha esta conseja, y hace que á D. Quijote diga la Princesa Micomicona que en igual sitio debí tener un lunar parlo con ciertos cabellos á manera de cerdas, el caballero que buscaba para su remedio. I, 30.

³ *De adserenda Hispánorum eruditione sive de Viris Hispaniæ doctis narratio apologetica*; Madrid, 1769, pág. 66.

⁴ Ebn Hayán (-1077), en Almakari, I, 174.

zaron á escribir historias ¹, en la espléndida corte de los Humeyas cordobeses, leídas con avidez lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalón y del Arlanza, ¿cómo habrá de sernos extraño que, en la primer década del siglo XII, el curioso monje de Silos, acepte la ya entonces vulgar conseja de Don Rodrigo y la Caba ²?

Ya, con la autoridad del Silense, no tuvieron reparo de admitir la fábula nuestros historiadores y cronistas. En 1243 la realzó con severa y galana frase D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo ³; en seguida el Rey D. Alfonso X el Sabio (1221-1284) ⁴; y por último, y con los más novelescos y preciados atavíos, el Livio español P. Juan de Mariana (1536-1623) ⁵.

Entre tanto, noveladores y poetas no se descuidaban en agrandar la bola de nieve. Hacia el año de 1443, Pedro de Corral dejó largamente correr su pluma por la caballeresca y fabulosa *Crónica del Rey Don Rodrigo, con la destruyción de España*, que la Imprenta casi recién nacida se apreguró á vulgarizar; y que luego reprodujo la de Sevilla, en 1511, 1512, 1526 y 1527; en este mismo año, la de Valladolid; la de Toledo, en 1549; y la de Alcalá en 1587. Llevan algunos ejemplares de este libro de caballerías grabada al frente la torre que Hércules edificó en Toledo, con valientes cerrojos la puerta, y un hombre armado de tenazas tratando de forzarlos, ante el Rey, una dama llena de terror, un paje, y un bien intencionado prócer, que de rodillas intenta en vano detener y disuadir al cabezudo monarca. El libro se dice compuesto por Eleastras y Alanzuri, ambos hermanos y cronistas del Rey D. Rodrigo; y por Carestes, vasallo de D. Alfonso el Católico ⁶.

¹ Simonet, *Discurso de recepción en la Universidad de Granada* (1862), páginas 11 á 19.—Moreno Nieto, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia* (1864), páginas 9, 11, 12, y el Apéndice.

² Silense, 15.

³ III, 19.

⁴ *La Estoria de Espanna*, II, 55.

⁵ VI, 21.

⁶ Hallamos el verdadero nombre del novelador antiguo en el prólogo de las *Generaciones, semblanzas é obras*, ordenadas por el noble caballero Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, consejero del Rey

El Romancero y el Teatro, inspirándose en el ingenioso libro de Pedro de Corral, añaden pronto nuevas galas y primores á la conseja; y Fr. Luis de León, arrebatando á la lira de Horacio sonidos que jamás los produjo tan bellos, inmortalizó el frenesí de Rodrigo y el imaginado ultraje de Florinda.

El nombre gótico de la hija del Conde, se transformó en el arábigo de *Cahba*, esto es, «Ramera», de donde vulgarmente Florinda es conocida por *La Caba*.

Hasta aquí lo voluntario é imaginativo.

(*Se continuará.*)

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

D. Juan el Segundo. He aquí sus palabras: «En estos nuestros tiempos hizo un liviano y presencioso hombre, llamado *Pedro de Corral*, una que llamó corónica sarracina, que más propiamente se puede llamar trufa ó mentira paladina». El Marqués de Mondéjar, *Obras Chronológicas*, pág. 245, averiguó que la compuso en el año de 1443.

He reconocido en la biblioteca del Escorial tres muy antiguos manuscritos de la *Crónica*:

1.º (ij Y 18). De la *Parte segunda*, á que faltan las hojas pertenecientes á lo último del capítulo 249, y á los 250 y 251; letra de la tercera ó cuarta década del siglo XV. Se aleja de lo impreso y aun de los otros códices, en muchos períodos y hasta en algún capítulo.

2.º (ij Y 17). Voluminosísimo, abraza las dos partes, difiere mucho de lo impreso y tiene algo más al fin de la *Primera*, que se concluyó de trasladar á 17 de junio de 1485 por J. de Hugo. Faltan las hojas pertenecientes á los cuarenta y siete últimos capítulos de la *Parte segunda*.

Y 3.º (j X 12). Contiene la materia del primero.

DESCRIPCIÓN HISTÓRICA Y PINTORESCA

DEL TEMPLO DE SAN PABLO EN BURGOS.

(Conclusión.)

Cerca de su enterramiento, una sencilla lápida recordaba el sepulcro de la que en vida fué su legítima mujer. Su epitafio decía:

«Aquí yace la Señora Doña Juana, madre de los Sres. Don
»Gonzalo, Obispo de Sigüenza, y de D. Alonso de Cartagena,
»Obispo de Burgos, y de los honrados caballeros D. Pedro de
»Cartagena y el Doctor Albañar Sánchez: falleció año de 1425».

Al extremo opuesto y al lado de la Epístola estaba sepultada la madre de D. Pablo de Santa María, cuya inscripción mortuoria decía así:

«Aquí yace la Señora Doña María, madre del Obispo Don
»Pablo, Obispo de Burgos, de Alvar García de Santa María,
»cronista del Rey que yace en el monasterio de San Juan: fa-
»llecio el año de 1446. Está debajo de ella una hija suya que
»floreció año de 1423».

Encima del anterior sepulcro, otro epitafio anunciaba hallarse sepultado D. Gonzalo de Santa María, hijo de D. Pablo, que fué Obispo de Sigüenza y Consejero del Rey D. Juan II. He aquí el texto de su lápida mortuoria:

«Hic quiescit corpus Reverendis Patri Dominii Gundisalvi,
»Episcopi Seguntini, Decretorum Doctoris, Auditoris, et Consi-
»liatoris Serenissimi Principis Domini nostris Johannis hujus no-
»minis Secundi, Regis Castellæ et Legionis. Hic venerandus Pon-
»tifex fuit filius ex legitimo matrimonio natus Reverendi Ponti-

«*ficis Domini Pauli, cujus corpus in altero pariete tumulatum
 «estetit: et post multa pia opera liberatus de corpore mortis hujus
 «prefectus est ad Omnipotentem Deum, 17 mensis Decembris
 «anni 1448 ætatis vero suæ 49. Clementia Divina illum in gloria
 «sua collocare dignetur. Amen».*

Muy cerca de estas tumbas estaban las de D. Pedro de Cartagena, Regidor de la ciudad, Doña María y Doña Mencía de Rojas, su primera y segunda consorte, así como un hijo de este llamado D. Lope de Rojas, Canónigo de Burgos, y otras muchas, en fin, pertenecientes todas á la familia de D. Pablo de Santa María, que debió su ruidosa conversión, ocurrida en 1390, á la lectura de las Epístolas de San Pablo y á las obras de Santo Tomás.

En el centro de esta gran nave, convertida en panteón como las galerías de las catacumbas, hallábase otra memoria mortuoria de Doña Leonor de Castilla, nieta de D. Alfonso X el sabio, hija del Maestre D. Fadrique y mujer de D. Diego de Sarmiento, Conde de Salinas.

Del antiguo retablo no quedaba vestigio alguno. En el ábside ó arco á imitación del *Santuario* de las primitivas iglesias, debió erigirse un altar de traza gótica, como el resto de la iglesia; pero en 1629 se construyó otro del Renacimiento, de severas líneas, compuesto de dos cuerpos con cuatro columnas corintias, bien proporcionadas y altísimas, cuyos capiteles, de hojas retorcidas de acanto, sostenían un arquitrabe y friso sencillos, coronando el todo una cornisa llena de molduras.

Entre las columnas veíanse las estatuas de Santa Catalina, la Magdalena, San Pedro y la Crucifixión, ocupando el centro bajo un arco de plena cimbra, un alto relieve que representaba á San Pablo en el camino de Damasco.

Este medallón, desprovisto de mérito alguno y propio de la época decadente en que se hizo, puede verse aun con buen trozo del retablo, en la iglesia del convento de Santa Dorotea en Burgos.

Las naves laterales del templo de San Pablo contenían muchas capillas de notable arquitectura, distinguiéndose entre todas las cuatro más próximas al presbiterio.

La costumbre de adosar estos cuerpos accesorios á las naves principales de las iglesias góticas, recuerda también los primitivos tiempos de persecución, la era de los mártires, en que los

cristianos huían de la luz al centro de las catacumbas. Allí custodiaban el cuerpo de algún Santo mártir, sobre cuyo sepulcro decían oraciones los fieles, convirtiéndose en altar; altar que se tallaba á lo largo de la galería, en las paredes de toba de aquellos subterráneos, verdaderos semilleros de la nueva idea, que pronto germinó con lozana vida, rompiendo las capas superiores que la ocultaban á la vista, y que destrozado con la fuerza de su empuje el embaldosado suelo del *Clibus Capitolinus*, arruinando los ídolos de alabastro de los falsos dioses que rodaron por el Foro, y levantando gallarda la nueva y bendita planta sobre el frontón griego del templo de Júpiter, formó con sus ramas en el espacio el signo santo de la Cruz que había redimido al mundo.

Una de estas capillas, inmediata al presbiterio y al lado de la Epístola, estaba dedicada al Santo Doctor de la Iglesia, San Gregorio Magno; siendo una bellísima muestra de esa suntuosa arquitectura, nacida en el período de lucha del arte ojival y el Renacimiento, mezcla atinada de los esplendores del nuevo gusto, más aparatoso y teatral que bello en realidad, y el recuerdo del pasado estilo, inspirado en la devoción y el sentimiento cristiano.

Fundóla y dotóla en 1510 el Illmo. Sr. D. Gregorio Gallo, Obispo de Segovia, según afirma el Dr. Fr. Juan López, escritor coetáneo, si bien un precioso libro manuscrito fechado en 1729 y obra inédita de un fraile mercenario del convento de Burgos, que tenemos á la vista, afirma haber sido fundada por los padres de dicho Prelado, nobilísimos caballeros de esta ciudad.

El Blasón heráldico de esta familia se repetía profusamente por los arranques de la bóveda orlada con primorosas labores.

Contigua á esta capilla y formando un todo con ella, se admiraba la sacristía, decorada con una rica colección de lienzos que representaban Mártires y Santos, debidos al inspirado pincel de Diego Leyva, natural de Haro, fraile cartujo de Miraflores, de quien dice Ponz en su viaje por España, que si Falomino hubiese conocido sus obras le hubiera colocado entre el número de los españoles ilustres.

Nada tiene de extraño este fundado elogio, porque las pinturas de Leyva acusan un estudio profundo de los grandes modelos de aquella escuela italiana que supo disponerlo todo en el

arte con maestría y acierto; escuela sublime de la que Rafael representa el dibujo, Miguel Ángel la expresión, Ticiano el color, Perugino el sentimiento cristiano, Corregio la gracia y Vinci la inspiración.

Unida á la anterior capilla y formando escuadra con ella se extendía otra denominada de las Vírgenes, fundada y dotada por los caballeros Brizuelas, con rico sepulcro en el centro y hermosa verja de bronce, que pasaba por una obra maestra del arte.

Cuajada de labores la gran arcada de plena cimbra que daba acceso á su recinto interior, ostentaba en sus fuertes muros colosales figuras, tenantes sosteniendo el escudo nobiliario de los patronos, y profusión de lambrequines en derredor del blasón, que llenaban buen espacio de las enjutas.

En esta capilla había una gran tabla, que recordaba á los fieles la importancia del convento de San Pablo al enumerar una prolija relación detallada de las reliquias que conservaba el templo. Curioso cartel cuya relación textual omito por lo larga, no sin dejar consignado que se custodiaban reliquias de San Pablo, San Constancio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Cornelio y San Bernardo, Santa Lucia, Santa Inés, San Amando, San Lorenzo, Santo Domingo, San Sebastián, Santa Rosa de Lima, del Santo Sepulcro y de las once mil vírgenes, traídas estas últimas por el M. F. Pablo de la Vega con permiso del Pontífice Alejandro IV.

Al extremo opuesto del presbiterio y lado del Evangelio, alzábanse otras dos construcciones de fundación particular: la capilla de Nuestra Señora del Rosario, erigida por la piedad de los caballeros Salamancas y la de Santo Domingo.

Sencilla, pero de correctas líneas la primera, admiraba por la imponente altura del cierre de su bóveda, cuyos nervios, al unirse en la clave, ostentaban el blasón de los fundadores. Dos airosas ojivas, de columnas pareadas, daban luz á su recinto espacioso, dentro del cual y sobre un buen retablo del Renacimiento, la devoción á la Virgen había colocado una imagen de la Madre de Dios, y á sus costados las estatuas de San Vicente Ferrer y Santo Domingo, terminando el segundo cuerpo por un grupo de la coronación de la Virgen rodeada de hermosos ángeles.

Una arcada primorosa con cairel afilegrinado y por cuya ar-

chibolta corrían multitud de imágenes de Ángeles, Santos y Confesores, cerraba la grande ojiva de la capilla de Santo Domingo de Guzmán. Esta portada, del gusto más acabado del tercer período gótico, era en verdad una joya del templo de San Pablo.

Un buen retablo contenía la imagen del Santo Fundador, en tamaño natural, y á los costados, Santos de la Orden, coronándolo todo un lienzo del Patriarca San Francisco, de rico pincel.

La nave lateral izquierda, donde estaban las capillas de que hemos hecho mérito, con otras muchas de menos importancia que ocupaban los huecos de las seis grandes entre-ogivas en que se dividía el templo, se destinaba para cementerio de los monjes, y se construyó á expensas del Illmo. Rd. P. Diego de Mardones, hijo del mismo convento.

Las capillitas más accesorias á que hemos aludido, se debían á la piedad de nobles familias como los Mirandas, Lizcanos, Girones, Pardos y Maluendas, cuyas lápidas sepulcrales, de mármoles variados y alabastro, recordaban sus nombres y títulos y la fecha de su enterramiento.

Reformado en diversas épocas este monumento, ofrecía ancho campo á la investigación y estudio del arqueólogo, y no poco digno de censura para los amantes de las reglas severas del arte. Pero este defecto, propio en general de la arqueología española, obedecía á mil causas cuyo influjo no pudo eludirse fácilmente.

El profundo sentimiento del arte y el respeto á las glorias patrias, que es un instinto en ciertas naciones como Italia, ha sido causa de que lleguen hasta nosotros con pureza irreprochable las construcciones de época más remota, admirándose hoy, en aquella tierra clásica del buen gusto, templos como el de San Miguel del Orto, en Florencia, el Duomo de la misma ciudad, la catedral de Milán, San Bernabé de Torcello, en Venecia, y mil ejemplares que pudiéramos citar sin ninguna alteración en su fábrica, habiéndose respetado con escrupulosidad nimia el estilo y carácter general del templo al restaurarse alguna parte que exigía reparación ó compostura.

Vienen á nuestra imaginación tales ideas al recordar la reforma que hizo á sus expensas en la iglesia de San Pablo el M. Rd. P. José de Torres siendo Prior del convento en 1693.

No contento con blanquear las naves, hizo desaparecer la an-

tigua portada gótica y torre del templo, sustituyéndose por una fuerte espadaña de tres cuerpos, con frontón y pilastras dóricas, coronada, para mayor extravío, de nueve chapiteles de espárrago, propios del estilo ojival.

Entonces se pensó en construir un coro sobre el primer cuerpo de la iglesia, y más tarde se llevó á efecto, adornándole con buena sillería y una hermosa colección de lienzos que representaban los triunfos de la Orden de Predicadores, costeado todo por D. Cristóbal de Miranda, Provincial de la Orden y Prior del convento, en 1729.

Bajo el arco de contención que existía á la entrada, veíase una nueva ojiva con blasón regio sobre su cimbra. Era la entrada del claustro construido por el Illmo. Sr. D. Pascual de Ampudia, notabilísimo personaje de su tiempo, confesor y consejero privado del Rey D. Carlos II. y cuyo escudo nobiliario se reproducía en todos los arcos.

En la reforma que sufrió el monumento en 1693 desapareció el carácter antiguo de los claustros, que fueron decorados después con pinturas de Juan del Valle, vecino y natural de Burgos.

Para terminar estas noticias recordaremos que la Reina Doña María, mujer del Rey D. Sancho el Bravo, costeó el dormitorio del convento, dependencia tan capaz, que pasaba por ser el salón de mayores dimensiones que había en Castilla.

Las armas reales campeaban sobre el muro, y una lápida de caracteres góticos enumeraba varios privilegios firmados por dichos Reyes en 1301.

Por todas partes este monumento reflejaba su grandeza y suntuosidad. En sus sepulcros podía leerse la historia de las generaciones pasadas, y los relieves y figuras alegóricas que abundaban por naves y capillas hablaban al corazón y á la inteligencia por medio de un lenguaje simbólico propio del carácter general de la arquitectura gótica».

III.

Algunos años han trascurrido desde que mi visita á las ruinas de San Pablo me inspiró el deseo de escribir la relación que antecede.

Desde aquella época he vuelto, en repetidas ocasiones, á con-

templar los melancólicos restos de tanta grandeza, prefiriendo siempre, por un sentimiento natural de íntima complacencia, frecuentar las ruinas cuando los trabajos de la demolición se hallaban suspendidos.

Gozaba entonces en vagar por aquellas naves desiertas y meditar ante la mole de sus muros, cubiertos de oscuras manchas verdosas que la humedad había impreso en los rincones más sombríos.

De los hacinados escombros desprendidos de la bóveda, surgían aun muchas esbeltas columnas, y algunos enterramientos de personajes ilustres servían de fogón á los obreros, que sin aprensión de ningún género, ennegrecían los bajo-relieves de mérito de un lucillo del Renacimiento, remontado por esbelto blasón heráldico.

El viento, girando en torno de tanta desolación, remedaba largo lamento al silbar furioso por los huecos de las ruinas. En mi exaltada fantasía creía distinguir claramente un gemido de protesta de los cien muertos ilustres que yacían sepultados bajo los escombros de la iglesia al amparo de la Religión, ó un eco débil de las mil plegarias que habían llenado aquellos ámbitos durante seis centurias.

La arista que acusaba el gran arco del presbiterio manteníase en pie por un milagro de equilibrio, amenazando desplomarse á cada momento como el brazo de un gigante que amagara aplastar con su peso al temerario obrero.

Durante muchos meses se alzó imponente aquel punto de la bóveda desafiando el furor de los vientos.

Por fin un día rodó hasta el fondo, y más tarde los demás sillares de la ojiva fueron cayendo uno á uno.

De este modo, en el trascurso de pocos años, las ruinas de San Pablo desaparecieron lentamente hasta quedar reducidas á una dependencia accesoria, que aun subsiste en pie como fiel testimonio que dice al artista y al arqueólogo con elocuente voz donde estuvo situado el antiguo é histórico templo.

Nuevas construcciones rodean á estos últimos restos y los envuelven poco á poco como una marea creciente. Mañana ya no existirán, y el lugar que ocupó la iglesia de San Pablo habrá desaparecido para siempre.

ISIDRO GIL.

LAS DOS LIBERTADES (1).

(Continuación.)

II.

Trazado á grandes rasgos en nuestro anterior artículo (2) el cuadro comparativo de los resultados obtenidos por ambos procedimientos *inglés y francés*, ó sea *tradicional y revolucionario*, en los dos pueblos más ilustrados de Europa, tócanos ahora extender igual examen á nuestra patria; pero como discutimos de buena fe, debemos, antes de emprender esa tarea, salir al encuentro de un argumento, á primera vista seductor, que probablemente nos dirigirán los partidarios del sistema francés.

¿Y la IRLANDA, se nos dirá? ¿Cómo es que enumeran Vds. con tanta prolidad los puntos negros del país vecino, y guardan misterioso silencio acerca del punto negro de la Irlanda? Vamos á satisfacer á los argumentantes.

Irlanda es efectivamente una gran llaga social, que debilita ó cuando menos dificulta la acción del poder británico y hasta pudiera comprometer su existencia, si los hombres de Estado que se encuentran al frente de aquel ilustrado Gobierno no se apresuran á extirparla: propósito acerca del cual el primer Ministro de la Reina Victoria, Sr. GLADSTONE, conociendo sin duda

(1) Véase el número anterior.

(2) El ser para nosotros una persona respetabilísima D. Pedro de Egaña, nos mueve á publicar estos artículos, hijos de su bien cortada pluma, aun cuando no suscribimos todas las afirmaciones del honradísimo y sabio escritor.

la gravedad del peligro, ha indicado ya algo que parece significar su deseo de conjurarlo.

Pero (y aquí el que parecía argumento Aquiles de los partidarios del sistema francés se vuelve en contra de ellos, convirtiéndose en el más fuerte á favor de nuestra teoría de los sistemas de renovación social *à posteriori*) ¿por qué la desgraciada Irlanda, por qué *la verde y Católica Irlanda*, como la llamaba en uno de sus más elocuentes arranques de tribuna nuestro involudable amigo el Marqués de Valdegamas, ha llegado á ser una llaga cancerosa y un peligro cada día mayor para la Gran Bretaña..... Precisamente porque es la única *excepción* del principio fundamental de respeto á la tradición y á las costumbres que forma la base de la existencia y constituye el secreto del poder inglés.

Irlanda tenía su Parlamento propio y sus especiales métodos de vida autonómica, como antes del Ministerio Cánovas teníamos nosotros nuestros Fueros, é Inglaterra lo suprimió todo de un golpe. Desde entonces, en vez de ser Irlanda una hija cariñosa de la madre común, es una parte disgustada, pendenciera y gruñona de la familia, que no cesa de gritar y quejarse contra su madrastra. Lejos de aumentar los elementos de vitalidad del poder central, Irlanda es hoy por el contrario un gusano roedor que va minándolo poco á poco, hasta que le obligue á transigir ó logre derribarlo.

Y aquí encaja naturalmente nuestro estudio acerca de los diversos resultados que ambos sistemas inglés y francés, ó sea REFORMISTA Y REVOLUCIONARIO, han producido en nuestra siempre, y á pesar de sus recientes injusticias, querida España.

Cuando la invasión napoleónica de 1808 nos hizo despertar de nuestro letargo de siglos, dos grandes sentimientos se revelaron en el espíritu público de la nación.

El más fuerte de esos sentimientos fué el de la dignidad ofendida. Ese sentimiento se llamó GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. El segundo sentimiento fué el de la LIBERTAD, ó sea el convencimiento de la necesidad de buscar en una prudente intervención popular un contrapeso á los abusos del ya viejo, cansado é insostenible poder *absoluto*. Creyeron nuestros más ilustrados estadistas de aquel tiempo que las CORTES del reino debían ser la

primera expresión legal del derecho atropellado y el primer valladar de resistencia que opusiéramos á los proyectos del invasor; y para convocarlas según lo exigían los apuros y necesidades del momento, se nombró una JUNTA CENTRAL, compuesta de los personajes que entonces aparecieron como los más fieles intérpretes de la opinión. Descollaba entre ellos «*quantum lenta solent inter vilurna cupresi*» el inmortal JOVELLANOS, ídolo de nuestra juventud, honra de nuestra toga, modelo de escritores castizos y de hombres públicos intachables, al cual por su saber, sus virtudes, su dignidad personal y su noble é integérrimo carácter, jamás doblegado ante la soberbia del favorito, había declarado sañuda persecución el PRÍNCIPE DE LA PAZ, aquel funesto é inmortal valido que encargó al Canónigo Llorente el primer trabajo contra nuestras seculares libertades, y que poco después dió ocasión y motivo al motín popular de Vitoria de 1802.

Pues bien (y sobre este punto capital llamamos la atención de nuestros lectores) JOVELLANOS opinó que se hiciera la convocatoria á Cortes con arreglo á los métodos antiguos; JOVELLANOS quería la REFORMA y no la REVOLUCIÓN. No pensaban lo mismo otros señores que se habían amamantado con la lectura de los libros franceses de fines del último siglo, y la Constitución de 1812 fué el resultado de aquella divergencia. Divergencia que el abajo firmado ha oído lamentar más de una vez á otro personaje eminente, gloria de la tribuna española, á quien nadie tratará de retrógrado (1), el cual achacaba el rumbo que los corifeos de las Cortes de Cádiz imprimieron á la nueva política de nuestra patria, al desconocimiento completo en que se hallaban, no sólo de las prácticas gubernamentales, sino hasta de la lengua de la Gran Bretaña.

Inde mali labes. Como la Constitución de 1812 no respondía á los escasos grados de instrucción política de nuestro pueblo, recién salido de los centros monacales, hostiles naturalmente á toda perturbación de lo antiguo; como el cambio de decoración y vida social, en vez de ser gradual y sucesivo, según lo aconsejaba el prudente varón asturiano, había sido tan brusco y violento,

(1) D. Salustiano de Olózaga.

que lo moderno parecía la antítesis y condenación sistemática de todo lo pasado; y como por esas y otras causas la inmensa mayoría del país no tenía por legítima expresión de sus deseos ni hija de su voluntad y de su fe la nueva obra, esta se derrumbó al poco tiempo falta de puntales de apoyo, y el decreto de 4 de Mayo de 1814, obra del Canónigo Ostolaza y demás individuos del grupo gaditano llamado de los PERSAS, envió al destierro, á las cárceles ó á los presidios de África á los hombres más distinguidos del partido liberal, que habían sido al propio tiempo los Jefes supremos de la defensa nacional, los sostenedores de la bandera monárquica y dinástica que acababa de ondear con gloria y con fortuna en los campos de batalla, y los que á falta del Rey Fernando, prisionero en Valencey, supieron reemplazarle durante los peligros de la lucha, y colocarle después en el trono, para que tan altos servicios fueran pagados con la más negra ingratitude.

Y como «*abyssus abyssum invocat*», á la reacción de 1814 sucedió la revolución de 1820, que nos hizo perder las Américas, porque en vez de acudir á apaciguarlas antes de que las chispas se convirtiesen en hoguera, los jefes del llamado *Ejército de la Isla*, algunos de los cuales, y tal vez los más importantes, habían ingresado en las sociedades secretas durante su permanencia en Francia como prisioneros, consideraron más patriótico ó más cómodo *pronunciarse* al son de la música del himno de Riego, obra del entendido publicista y jefe militar D. Evaristo San Miguel, que pagó con trece heridas recibidas el año 1823 en Zaragoza, los daños que ocasionar pudo á la causa constitucional con aquel levantado y enérgico MANIFIESTO que como Ministro de Estado dirigió el año de 1823 á las potencias extranjeras, Manifiesto que sirvió de pretexto para que penetrara en España, á las órdenes del Duque de Angulema, el llamado *ejército de observación* que la Santa Alianza había colocado en nuestra frontera pirinéica como *cordón sanitario* contra una *peste* que no existía.

(*Se concluirá.*)

PEDRO DE EGAÑA.

LA VUELTA Á LA FE CRISTIANA.

Gracias te doy, Señor, que en el combate
De recia tempestad, sobre mar dura
Asido á frágil tabla, en noche oscura,
De las olas vencer pude el embate.

Haz que nunca el empuje me arrebate
De aquel airado golfo de amargura
Á las serenas playas de dulzura,
En que hoy mi pecho agradecido late.

Aquí un asilo el corazón, cansado
Tras de angustioso batallar, alcanza:
Séllalo de la Fe con el candado,

Cuya guarda segura lo afianza,
Cierra la puerta al roëdor cuidado,
Y la abre con amor á la esperanza.

F. DE LA VERA É ISLA.

LOS PARÁSITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO II.

LOS PRIMEROS DISPAROS.

No es de creer que Juan Antonio hubiese preparado, como se ensayan los papeles para el teatro, el efecto teatral de su entrada en escena; pero si así no lo hizo, salióle la cuenta lo mismo que si lo hiciera.

Pondérese cuanto se quiera y adórnese, si es preciso, con las más vistosas, enmarañadas y prolijas orlas caligráficas este precepto de colegio:

«*La naturalidad y sencillez son las prendas más seguras del verdadero mérito*»; pero si alguno, despues de haberle copiado veinte veces en gallarda cursiva, llega á persuadirse de la exactitud, y sobre todo de la eficacia social de tan inocente vulgaridad, bien pronto quedará convencido, ó de que ese *mérito verdadero* no anda por el mundo de los vivos, ó de que la sencillez y naturalidad viven refugiadas desde hace mucho tiempo en el tranquilo é inofensivo mundo de las planas.

El mérito usual y corriente, el mérito que conquista victorias y se cubre de laureles, el mérito que se cotiza en plaza, jamás es sencillo, ni natural ni modesto.

Todo lo que brilla y seduce con manifestaciones exteriores, la ciencia del sabio, el estro del poeta, la gracia del hombre de mundo, el ingenio sagaz del cortesano, la facundia del orador, y hasta el disimulo y cautela del hombre de Estado, todo, incluso la naturalidad y sencillez del que no aspira á otro puesto que al modestísimo de persona amable, ó si se quiere, de figura decorativa, necesita presentarse en la escena del mundo de una manera muy semejante á la que emplean los actores de teatro para salir á las tablas.

Pocas personas, al penetrar en un salon, no se dejan en la antesala, junto al abrigo, sus ademanes, sus aficiones, sus costumbres, y hasta su fisonomía habitual para tomar el aspecto exterior de la clase, del empleo ó del personaje que representan ó que se imaginan representar; y si alguno por inadvertencia no lo hace en la antesala, no lo dudeis, es porque desde su casa se trae ya estudiados los papeles.

Tal es el secreto de las dificultades del arte dramático, que consisten, no tanto en revestir la apariiencia de personajes imaginarios, como en desnudarse, por decirlo así, del personaje que habitualmente representamos en el mundo real, y en cuyo papel venimos ya acostumbrados á los aplausos.

Por lo demás, si atentamente se estudia el juego de ciertas fisonomías, la gracia de ciertos ademanes, y la magia irresistible de ciertas conversaciones, encontraremos en ellos todos los elementos necesarios para construir *à priori* un arte de declamacion y de aparato teatral tan artificioso y amanerado como el que, copiando de lejos la escuela del mundo, se enseña en los Conservatorios y Liceos del arte dramático.

Nadie pronuncia delante de sus convidados esta sencilla invitacion: «¡vamos á sentarnos á la mesa!» en el mismo tono, con la misma naturalidad, y hasta con la misma voz con que en los dias ordinarios la dirige á su mujer y á sus hijos en la intimidad de la familia; nadie entra en un salon, por familiar que le sea, como en su propia casa; nadie da las gracias al tomar un helado, ni saluda á un amigo, ni se sienta á la mesa, ni habla de la lluvia ó de la Bolsa ó del último cometa observado por los sabios, en el palacio de una Duquesa, como hablaria, como se sentaria y como saludaria en su despacho, en su comedor ó en su misma

sala; en una palabra, al arte del mundo solo le separa del arte dramático, esa línea divisoria que establece la realidad entre la contemplacion y la accion verdadera; pero eso no impide que los mejores actores del mundo sean, como en el teatro, los que más hábilmente se disfrazan.

Habia escogido Juan Antonio, en el reparto general de papeles, el nada fácil de la naturalidad descuidada y elegante, y era maestro en esa aparente sencillez de lenguaje, de ademanes y porte, en la que toda expresion es permitida, y toda indiscrecion y demasía tolerada y aun aplaudida; y fuese que aquella noche le favoreciera su buena estrella, fuese que los ánimos se encontraban bien preparados para recibirle, es lo cierto que logró en la tertulia esa especie de soberanía intelectual que la curiosidad ó la simpatía conceden temporalmente á los que saben excitar á aquella á tiempo, y vivir en buena inteligencia con esta, sin descuidar su cultivo, ni tampoco solicitarla demasiado.

Despues de un largo aparte con el ama de la casa, que nadie fué osado á interrumpir, el afortunado candidato y su amable interlocutora hicieron corro y sitio á otros contertulios que se apresuraron á tomar parte en la conversacion, vivamente sostenida, y, si vale decirlo, guiada por el ocurrente periodista.

¡Cuán diverso era aquel teatro aquella concurrencia y aquella juguetona conversacion, salpimentada de fáciles gracejos y de triviales agudezas, cuán diferentes los intereses y los afectos de aquel grupo de desocupados murmuradores de las broncas y ásperas, pero naturales pasiones con que pocos dias antes habia luchado.

Mientras de su labio cáustico y mordaz brotaban fácilmente, al calor del aplauso ó de la réplica, frases aceradas tan ricas de esprerion y de forma como huecas y vacías de fondo, volaba talvez su imaginacion á otras esferas, y á pesar suyo, suspiraba su alma por otras escenas de mayor verdad, de mayor frescura, de realidad más viva que la que en aquel momento le reconocia como á rey y señor indiscutible.

«¿Quién entre los que me escuchan y aplauden—pensaba talvez—quién, entre estos cortesanos de un dia, puede sospechar que no hace muchas horas un hombre vulgar, un aventurero sin nombre, un ente *impresentable*, como ellos dirian, me ha humi-

llado, me ha dado la ley, y ha concluido por dominarme, sin más armas que su vulgar sagacidad, aplicada á tiempo á las necesidades del momento?» «¿Quién puede sospechar, aquí en este mundo de pasiones ficticias y de intereses convencionales, los secretos resortes y los afectos é intereses que he tenido que manejar y que mover para presentarme á sus ojos coronado por la victoria?» «¿Quién de ellos es capaz de saber lo que me ha costado esa victoria?»

.....

Así pensaba Juan Antonio con amarga ironía, y así se complacía en despreciarse á sí propio, en tanto que á su alrededor se disputaban sus amigos el honor de rendir pleito homenaje á su buen humor, á su inagotable vena y á su donosa desenvoltura.

Avanzaba la noche, y comenzaban á desfilar silenciosamente hácia la antesala los concurrentes de menor confianza, quedando puede decirse, la tertulia reducida á dos ó tres grupos, de los cuales era el más importante el formado en derredor de Tula y del recién llegado.

En vano nuestro amigo Lorenzo pugnaba por separarse de otro, si no numeroso, por lo menos muy compacto, capitaneado al parecer por Sofía Aranda, que parapetada en su rincón favorito, parecia firmemente resuelta á no engrosar el círculo en que brillaba el para ella antipático Juan Antonio.

—Apostemos—decia en voz baja la enérgica niña—apostemos á que está V. rabiando tambien por ir á hacerle coro.

—Es mi amigo, y con razon puede sorprenderse..... —replacaba tímidamente Lorenzo.

—¡Él sorprenderse! Bien sabe V. que no acostumbra á sorprenderse por nada.

—¡Me hará cargos!

—¡Qué valen los suyos en comparacion de los que V. y yo podemos hacerle..... pero ¡ay! estoy segura de que V. no tendrá valor para decirle una palabra... ¡no, no! no se canse V. en protestas inútiles; le conozco y sé de lo que es capaz..... no se ria V..... de todo, menos de atreverse con él y decirle la verdad..... toda la verdad, como debe oirla, como no está acostumbrado á oirla..... como solo puede oirla de mis labios.

—Es V. implacable y rencorosa.

—No soy sino justa, bien lo sabe V. Le he brindado con la paz; no ha querido; le he amenazado con la guerra, y viene aquí, aquí mismo á provocarme y á darme la batalla: pues bien, tendrá guerra; veremos quién triunfa y quién sale vencido. Bien sabe Dios que yo no hago más que defenderme en mi terreno.

—Si así lo toma V.—replicó Lorenzo sonriendo á su pesar de aquel desusado ardimiento, tan extraño al apacible natural de Sofía, y que solo se dejaba ver en ella al tratar aquel punto delicado de las relaciones de Juan Antonio—si así lo toma V., y bien sabe Dios que soy el primero en reconocer la rectitud de sus intenciones, permítame V. que la diga que abusa un poco en esto de colocar sus baterías en un terreno que, despues de todo, no la pertenece.

—¿Y á quién pertenece entonces?—preguntó Sofía, poniéndose encarnada como la grana—¿á mi prima? una niña, una pobre niña, sin malicia alguna, sin práctica del mundo.

—Tula.... —insinuó, no sin cierta timidez, el conciliador y bien intencionado Lorenzo.

—¿Mi tia?—exclamó Sofía, mirando con extraordinaria fijeza á su interlocutor, como si quisiera penetrar en su pensamiento—mi tia—añadió con indefinible acento, entre compasivo y airado—¿sabe V. lo que dice? ¿sabe V. lo que pide?—y como si se arrepintiese de proseguir en el mismo tono, corrigió en seguida la severidad de su voz, que á pesar suyo iba elevándose, y prosiguió con más tranquilidad y calma—¡pero parece imposible que V. no la conozca todavía! ¡Ella enterarse de una cosa seria! ¡ella intervenir con su autoridad en un asunto desagradable!, renunciar á un amigo, darle explicaciones formales, reprender á su hija, hacer, en fin, un papel importante y un papel tan antipático como el de madre severa é irritada.....! ¿está V. loco?

—Pues bien, diga V. lo que quiera, y ande por los mundos que mejor le plazcan esa imaginacion tan precozmente desarrollada para toda sospecha y desconfianza, como la que Dios se ha servido concederla, es lo cierto que Juan Antonio al venir aquí no ha hecho más que lo que debia, lo que era natural que hiciera, sin acordarse para nada, de ello estoy seguro, de sus desatentados amoríos con Julia, ni siquiera de que Julia existe.

—Si él no se acordaba de eso, lo cual no le honra, debía ó podia haber pensado que otros se acordaban.

—V., y nada más, que es capaz de acordarse de todo.

—No solo yo, sino otra persona, á quien tiene más obligacion de respetar que á mí misma.

—Va ¿V. á hacerme creer que Julia está perdida de amor por ese desdeñoso y temible galan; que conserva despues de dos meses de ausencia y de los obsequios de un novio oficial tan sustancioso como el Marqués, rastro ni reliquia de un capricho pasajero, única pasion que puede brotar en su corazon de diez y ocho años?; ¿va V. á probarme que hay aquí todavía en casa de Tula, á la conclusion del siglo XIX y del prosáico barrio de Salamanca, entre un periodista ambicioso y una niña elegante, mimada y filarmónica, los elementos indispensables para un drama romántico, de espeluznante desenlace; va V. á convencerme....

—No soy yo la que he de convencerle, se ha de convencer V. mismo:—y cogiéndole del brazo, que apretó convulsivamente— mire V.—le dijo, señalándole con los ojos el grupo que formaban á poca distancia del suyo el opulento banquero y su prima Julia.

Quedaba ya en la sala muy poca gente, y la conversacion habia decaido por lo tanto; pero aún la mantenian cuatro ó cinco personas, sentadas todas alrededor del ama de la casa. Daba la casualidad que estos consecuentes contertulios se habian colocado de espaldas á Julia, y que esta, desde el sitio en que estaba, solo podia ver y ser vista de frente por Juan Antonio, el cual, desde hacia un momento habia cesado de hablar y podia libremente mirarla.

Otra circunstancia que con sagacidad mujeril sorprendió Sofía en el cuadro que de repente y en su sencilla unidad se presentó á sus ojos, fué la de que el Marqués, que aunque robusto y bien conservado, no resistia fácilmente el sueño á las altas horas de la noche, al arrullo de la conversacion ó al de sus risueños pensamientos, se habia quedado profundamente dormido; y coincidiendo con esta disposicion de las figuras, surgió de pronto, animando el primer término, una larga, intensa y luminosa mirada de Julia, que se cruzó por algunos segundos con otra mirada no menos ardiente y fosfórica de Juan Antonio.

—¿Y ahora?.....—preguntó Sofía á Lorenzo, casi más con los ojos que con los labios.

—Ahora.....—replicó lentamente y con cierta tristeza el aludido—ahora se me figura oír los primeros disparos de la batalla; tiene V. razon..... es tiempo ya de que organice V. sus reservas y coja de flanco al enemigo.

—Acaso sea mejor atacarle de frente—repuso Sofía con reposado acento.

SANTIAGO DE LINIERS.

(*Se continuará.*)

¡SITIO!

(SED TENGO.)

Cuando mis ojos á la Cruz levanto,
 Y te miro sufrir, Señor del mundo,
 Ese inmenso quebranto,
 Ese dolor profundo,
 Por redimir al hombre, que no es nada,
 Tiemblo, mi Dios, de espanto,
 Y el ánima aterrada
 Absorta queda, y muda y angustiada.
 ¡Tú tienes sed, Señor, y fué tu acento
 El que llenó los mares
 En toda su extensión: el que en el viento
 Forma las nubes que las lluvias vierten,
 Da á los campos rocío,
 Al claro arroyo su raudal de plata,
 El cauce llena del hinchado río,
 Y retumba en la hirviente catarata!
 ¿No eres, Tú, de los orbes Soberano
 Señor Omnipotente?
 ¿No das jugo en las hojas al gusano,
 Y entre la arena ardiente
 Pozo al león para su ardor insano?
 ¿Y de ella, Tú, padeces el tormento?.....
 ¿Y esa angustia te aqueja
 De tu Pasión en el postrer momento?.....
 ¡Oh Sublime Bondad! ¡Es que tu acento
 Un misterio de amor entrever deja!

Del feroz populacho escarnecido,
 Al peso de sus culpas agobiado,
 Bajo el azote herido,
 En esa Cruz clavado,
 Ni un lamento exhalaste,
 Ni cual débil, Señor, te confesaste.
 Y fortaleza tanta
 Agora se quebranta,
 Y ante ese ardor impío
 Exclamas: «Tengo sed!»... ¿De qué, Dios mío?
 Es sed de sufrir más, de más dolores;
 Quieres la fe del mundo,
 Su eterna salvación y su ternura.
 ¡Oh Amor de los amores!
 ¡Dulcísima ternura!
 ¡Oh anhelo el más fecundo,
 Que un porvenir de gloria nos augura!
 Quieres, Señor, morir porque yo viva,
 Y quieres padecer para que goce,
 Y redimir mi alma, que cautiva
 Del pecado de Adán se reconoce.
 ¿Y quién soy yo para que bien reciba
 De tan alto valor? Átomo leve
 Del tiempo y del espacio, mi existencia
 Es menos que una gota
 Para el inmenso mar de tu clemencia.
 ¡Qué Grande eres, mi Dios, y qué pequeño
 Es el hombre ante Ti! Anima mía,
 Despierta al fin del vergonzoso sueño,
 Abre tus ojos á la luz del día.
 Mira esa Madre, que afligida llora
 Junto al pie de la Cruz, que ve la muerte
 Del hijo de su amor idolatrado,
 Y á Él estrechada en la postrera hora
 Se le niega morir. ¡Madre infelice!
Sed tengo, su Hijo exclama,
 Le da el hombre la hiel de su pecado,
 Y Ella, que Madre del dolor se llama,

Para calmar su sed darle no puede
Una gota del llanto que derrama.
Brotad del corazón, lágrimas mías,
En copioso raudal, hasta que ardiente
Sed me abrase de amor, y digno sea
Del sacrificio de mi Dios clemente!
Y cuando llegue la terrible hora
Que la virtud desea,
Y espanta con su horror al delincuente,
En el tremendo fallo de mi vida,
Poned, Madre affligida,
Ya que del pecador sois esperanza,
El llanto de mi alma arrepentida
De la Justicia eterna en la balanza.

JOSÉ GARCÍA.